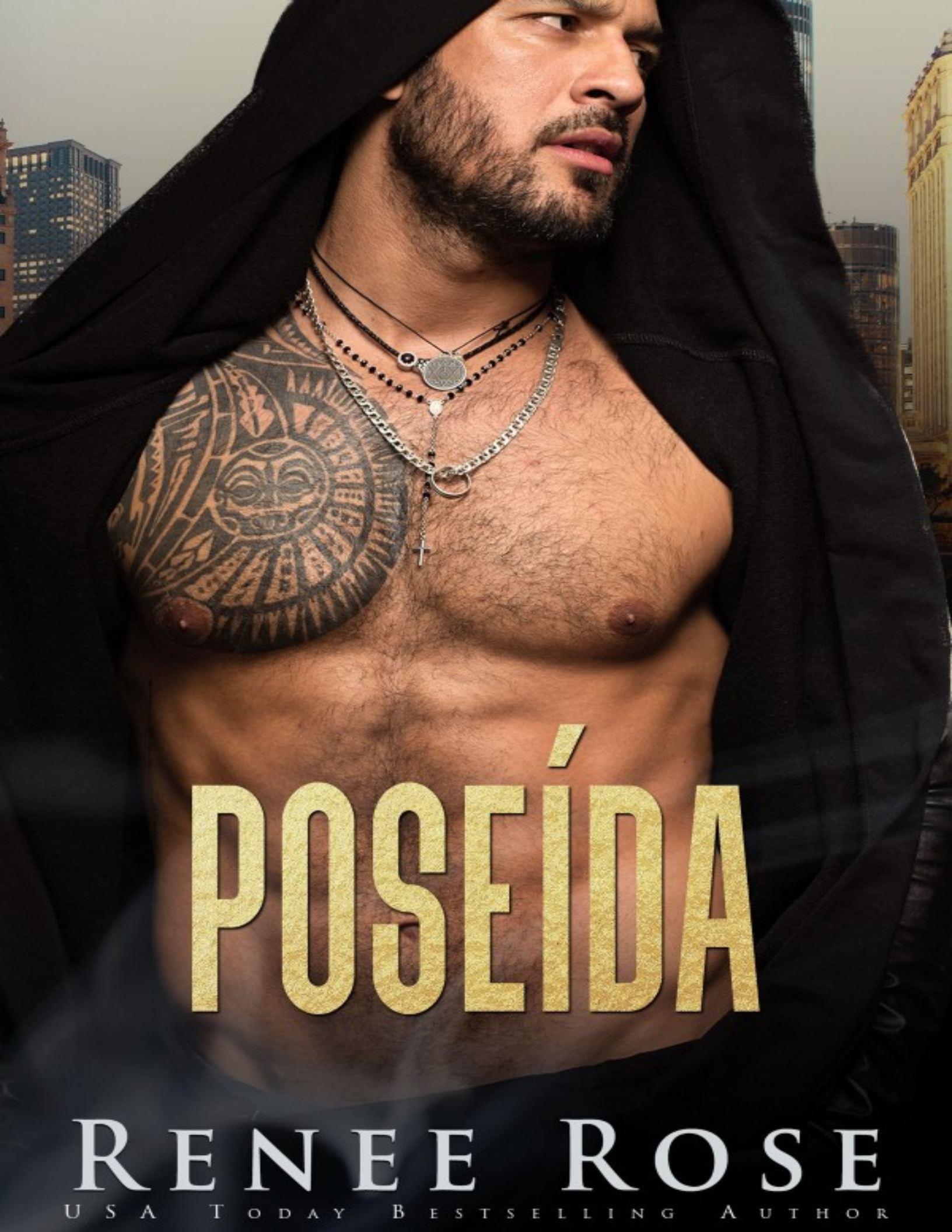

POSEÍDA
RENEE ROSE
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

POSEÍDA

SERIE CHICAGO BRATVA

LIBRO CUATRO



RENEE ROSE

Traducido por

M ZACHS

RENEE ROSE®

claimed by love

Derechos de autor © 2020 Owned y Poseída por Renee Rose y Renee Rose Romance

Todos los derechos reservados. Esta copia está destinada ÚNICAMENTE para el comprador original de este libro. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida en cualquier forma impresa o electrónica sin la previa autorización por escrito de las autoras. Por favor, no participe ni fomente la piratería de materiales con derechos de autor. Adquiera solamente ediciones autorizadas.

Publicado en los Estados Unidos de América

Wilrose Dream Ventures LLC

Renee Rose® es una Marca Registrada de Wilrose Dream Ventures LLC.

Este libro es una obra de ficción. Aunque se haga referencia a acontecimientos históricos reales o locaciones existentes, los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de las autoras o se utilizan de manera ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Este libro contiene descripciones de muchas prácticas sexuales y BDSM, pero es una obra de ficción y, como tal, no debe utilizarse de ninguna manera como guía. La autora y la editorial no se responsabilizan de ninguna pérdida, daño, lesión o muerte que resulte del uso de la información contenida en este libro. En otras palabras, ¡no intentéis esto en casa, amigos!

Formateado con Vellum

ÍNDICE

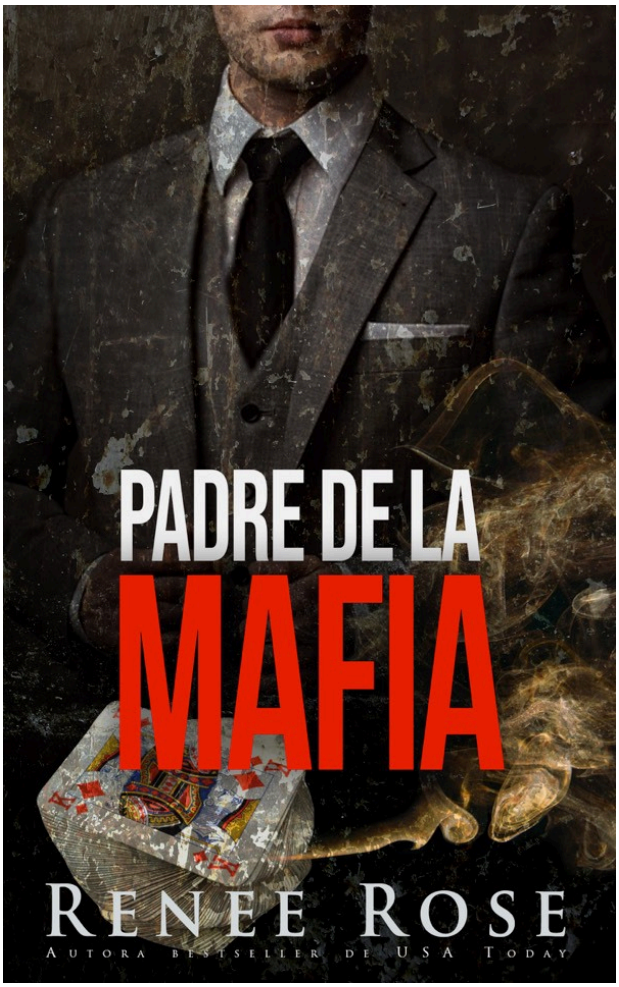
Libro Gratis de Renee Rose

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

¿Quieres más?
Libro Gratis de Renee Rose
Otros Libros de Renee Rose
Sobre Renee Rose

LIBRO GRATIS DE RENEE ROSE

Quiere un libro gratis de Renee Rose? Suscríbete a mi newsletter para recibir ***Padre de la mafia*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. https://BookHip.com/NCVKLK


PADRE DE LA
MAFIA
RENEE ROSE
AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY

Poseída(Chicago Bratva, Libro 4)

"**Si la rompes, es tuya.**"

No quería estar emparejado con ella. La flor perfecta, frágil, que parece que gritará su palabra de seguridad con un solo golpe de mi bastón.

La excompañera de cuarto de la nueva esposa de mi hermano de la Bratva.

No me enamoraré de su deseo de complacer. De su sumisión constante.

Pero cuando aguanta todo lo que le hago, queda cada vez más claro:

ahora me pertenece.

CAPÍTULO 1



Pavel

Son los tatuajes.

Un billete de avión en primera clase no garantiza un trato especial cuando tienes mi aspecto. Ni siquiera la camisa de Tom Ford ni los pulidos zapatos Berluti compensan las marcas de tinta que cruzan mis nudillos y se extienden por mi cuello.

La azafata, una preciosa afroamericana con un halo esponjoso de rizos, proyecta su sonrisa por toda la cabina de primera clase. Cuando su mirada se desplaza hacia mi garganta donde se muestra la tinta, vuelve rápidamente a mi cara con sorpresa. Se da cuenta de que la estoy observando y rápidamente pasa de largo, solo para ver a Maxim, al otro lado del pasillo, también muy tatuado. Por supuesto, la hermosa pelirroja a su izquierda le hace parecer menos amenazante.

Estiro las piernas y cruzo la mirada con Sasha. —¿Por qué no nos compras un jet privado, bolsa de dinero?

Sasha (la esposa de Maxim por matrimonio concertado y princesa de la bratva) vino con una dote de sesenta millones. Todo lo que Maxim tiene que hacer es mantenerla con vida, lo que no ha estado exento de desafíos.

Interesada, levanta su brillante mirada azul hacia el rostro de Maxim. —¿Deberíamos?

Sé perfectamente que Maxim proporcionará a Sasha lo que coño decida que quiere. Solo necesito tentarla para que desee algo que yo también quiero.

—¿No preferirías estar ahora mismo en tu propio avión, con tu propio horario? ¿Bebiendo un Cosmo antes del despegue?

—¿Cuánto costaría eso? —le pregunta a su marido.

Maxim, el solucionador de problemas de nuestra célula de la bratva, calcula rápidamente. —Probablemente podríamos conseguir uno usado por un millón. Luego tendríamos que contratar un piloto y pagar por un hangar. —Se encoge de hombros—. Quizás deberíamos. Haría que los viajes a Rusia fueran más cómodos.

—Haría que todo fuera más cómodo —coincido.

Estoy siendo un aprovechado, pero al menos soy obvio al respecto. No es que provenga de una familia de dinero, como Sasha. Soy exactamente lo que parezco. Un matón ruso ex-militar que gana su dinero de la manera incorrecta y ahora quiere usarlo para comprar respeto.

Lo cual, por supuesto, no funcionará. Como para demostrar mi punto, el *mudak* con un billete para el asiento a mi lado se detiene en el pasillo y me mira con desprecio. —Ese es mi asiento.

Espero tres tiempos completos antes de moverme. Después de levantarme y dejarle pasar para que tome el asiento de la ventanilla, hago crujir mis nudillos tatuados y lo miro fijamente hasta que empieza a sudar. Todo su dinero y arrogancia no evitarían que se quebrara si lo tuviera a solas en un almacén.

Pero mis días de tortura son menos frecuentes de lo que solían ser. No he dado una paliza a nadie en meses. No, he estado guardando todo ese sadismo para la encantadora masoquista que la ruleta seleccione para mí esta noche.

Solo desearía que Maxim y Sasha no vinieran. Supongo que no me importa tanto lo de Maxim. Él conoce la oscuridad dentro de mí. Me ha visto matar antes. Pero no es algo que me guste que Sasha vea. El sadismo, no el asesinato. Bueno, ninguno de los dos.

He estado masturbándome durante un año pensando en este evento. Desde que Ravil fue a la Ruleta de Black Light en Washington D.C. el año pasado, ha estado en mis fantasías. Me

gustaba el anonimato de la cosa: nombres falsos y emparejamientos al azar.

Mujeres que anhelan lo que quiero dar: dolor.

Sin emociones. Sin relaciones. Un poco de negociación. Muchas reglas que evitan que las cosas se vuelvan raras.

Para un hombre como yo que prefiere a sus mujeres sin nombre (o incluso sin rostro), para un hombre que quiere oírlas gritar de dolor y suplicar por más, es el paraíso.

La verdad es que no sabía una mierda sobre BDSM y clubes como Black Light antes del año pasado. Ravil fue despectivo al respecto cuando se marchaba para ir allí. —¿Por qué alguien pagaría para azotar a una mujer? —se había burlado. Tenía que ir como acompañante de Valdemar, el diplomático ruso cuya ayuda necesitamos para introducir importaciones ilegales en el país.

Fue lo de *azotar a una mujer* lo que me atrapó. Había tenido tantas jodidas fantasías exactamente sobre eso pasando por mi cabeza desde que era joven, y hasta entonces, no sabía que era algo real.

Nunca me había permitido complacerme, pensando que era un cabrón enfermo que merecía la vida de mierda que me habían dado por tener tales pensamientos.

Así que busqué en internet. Encontré el porno. Y las reglas. Y el estilo de vida. Incluso tuve algunos encuentros negociados.

Así que cuando Valdemar llamó a Ravil este año, sin saber que Ravil había dejado embarazada a su compañera del año pasado y ahora tiene un recién nacido, me ofrecí a ir.

Y todo habría sido perfecto si Sasha no lo hubiera escuchado y decidido que también quería ir.

Maxim, por supuesto, le prohibió entrar al evento, pero decidió que si ella quería asistir, comprarían entradas y mirarían.

Como si eso no fuera raro.

¿A quién le gusta ver a su compañero de casa teniendo puto sexo depravado?

Aparentemente, a mis amigos depravados.

Blyat.

~

KAYLA

Doy tres vueltas a la manzana para encontrar un lugar donde aparcar y luego salto de mi Toyota Camry de diez años y corro hacia la puerta de mi apartamento.

El anuncio que estaba rodando me llevó todo el día. Once horas de pie, bailando con tacones mientras filmaban toma tras toma de la actriz principal moviendo su cabello, bebiendo la bebida energética y luciendo fresca mientras yo seguía de fiesta en el fondo.

No me malinterpretes, estoy encantada de tener trabajo, cualquier crédito pagado ayuda a entrar en el sindicato, pero ahora tengo que darme prisa para prepararme para esta noche.

La noche por la que he estado angustiada durante el último mes. La Ruleta de Black Light.

Paso volando por el apartamento, saludando a mis compañeras sin aliento. —Hola, ya estoy aquí. Tengo que ducharme. Si viene Sasha, decidle que saldré en dos segundos.

—¡Sasha está aquíííí! —llama nuestra antigua compañera de piso desde la cocina. Sale levantando los brazos en una "V" de victoria.

—¡Sasha! —Rodeo con mis brazos a nuestra ex compañera, la chica rusa fiestera que se especializó en teatro conmigo en la USC—. Siento llegar tan tarde. Estaba grabando un anuncio y tardó una eternidad.

—Hay tiempo de sobra —me dice—. Vamos a prepararnos. Déjame ver qué vas a ponerte. Quiero maquillarte. —Me sigue hasta mi dormitorio arrastrando su maleta Louis Vuitton a su lado**.** Ella es la razón por la que voy a la Ruleta de San Valentín de Black Light.

Hace seis semanas, me dijo que venía a la ciudad con su atractivo marido de la *mafiya* rusa para asistir a algún evento exclusivo de un club privado de BDSM. En el momento en que me lo dijo, fue como si un interruptor se encendiera dentro de mí.

El pulso se me aceleró. No podía dejar de presionarla para obtener información sobre el evento.

Me contó sobre el evento de ruleta de Black Light en el que las personas se emparejan mediante el giro de una rueda. Sus actividades (actividades BDSM) se determinan por el giro de una rueda.

Siempre me había aterrorizado el BDSM, el anhelo de desear, de someterme a un hombre. Era como algo acechando en las sombras que temía mirar por miedo a que me destruyera. Como la adoración a Satanás. O un culto suicida. Era un libro que me negaba a abrir. ¡Ni siquiera leería la contraportada!

Pero de repente, una de mis mejores amigas hablaba de ello con naturalidad, como si fuera un evento más, y eso lo cambió todo.

No podía dejar de pensar en ello. Me llevó diez días reunir el valor, aunque supe desde el momento en que oí hablar de ello que quería participar, pero llamé a Sasha y le dije que quería ir.

—No voy a participar —me advirtió—. Maxim dijo que sobre su cadáver. No me compartiría. Pero vamos a mirar. ¿Quieres venir a mirar con nosotros?

—No. —No podía creer que estuviera diciéndolo—. Quiero, em, jugar… p-participar. Como se llame.

Sasha se rio.

—Creo que *jugar* está bien. Vale, averiguaré cómo meterte. Nuestro compañero de piso Pavel va a participar. Él sabrá.

Recordaba a Pavel de la boda de Sasha en Ibiza. No era encantador como Maxim. Era taciturno y peligroso. Atractivo de un modo letal.

Así que ella me consiguió una solicitud, y creo que quizás Maxim movió algunos hilos con alguien que conoce que es miembro del club exclusivo, y fui seleccionada.

Estoy más nerviosa y emocionada que para la noche de estreno de una obra.

Me doy una ducha rápida para quitarme el sudor y el maquillaje rancio. Cuando salgo, Sasha tiene su maleta abierta sobre mi cama y está de pie en tanga y sujetador push-up maquillándose frente al espejo de mi tocador.

Sonrío porque se siente como en los viejos tiempos. Cuando Sasha regresó a Rusia, encontramos una nueva compañera de piso,

Kimberly, y es genial, pero Sasha verdaderamente era el corazón de la casa.

Es intrépida y divertida; ser la hija rica de un jefe de la mafia controlador le enseñó cómo aprovechar una situación a su favor. Cuando las cuatro salíamos juntas, entrábamos en los clubs, nos servían bebidas gratis y generalmente nos sentíamos invencibles. Seguíamos nuestros sueños sin tomarnos demasiado en serio. Incluso ahora, cada vez que voy a una audición para un papel, canalizo intencionadamente la confianza de Sasha. Es otro papel que interpreto, uno que abre puertas.

No habría forma de que fuera a este evento sin ella, y tenerla aquí me hace valiente.

Me pongo el atuendo que había planeado, una especie de variación de una conejita de Playboy. Medias de red hasta el muslo. Unas bragas de satén negro con un recorte en la parte trasera para mostrar la parte superior de mis nalgas. Un corsé de rayas rosa pálido y negro.

—Oh, vaya, chica. Estás *buenísima* —ronronea Sasha.

Me muerdo la parte interior de la mejilla, insegura.

Sasha me da un codazo.

—Deja de hacer eso. Recuerda, no es la ropa, es cómo la llevas. Puedes lucir cualquier cosa si la haces tuya.

Respiro hondo, esperando que con algo de ese oxígeno, reciba una infusión de la confianza de Sasha. Me miro en el espejo y levanto la barbilla, fingiendo hasta lograrlo.

—Olvídate del público o de tu misterioso compañero, ¿te gusta cómo luces? —pregunta Sasha.

¿Me gusta? Me miro críticamente en el espejo. Aunque no lo llevo puesto para mí. Lo llevo puesto para él. Sea quien sea él. Porque eso es lo que me excita: complacer a un hombre. Siempre he sido del tipo que se derrite por los profesores, directores, jefes. Los hombres con autoridad hacen flaquear mis rodillas.

—¿Te sientes sexy? Eso es lo único que importa.

Me imagino a un hombre así cogiéndome por el codo y dándome una orden contundente. Yo obedeciendo. Su satisfacción mientras me recorre con la mirada. Se me endurecen los pezones.

Asiento.

—Sí. Me siento sexy.

—Bien. ¿Qué vas a hacer con tu pelo?

—No sé. ¿Coletas?

Sasha niega con la cabeza.

—No. Rizos. Para que pueda tirarte del pelo. —Me guiña un ojo y enciende mi rizador.

Mi mente da una voltereta con esa imagen.

—¡Dios mío! ¿Maxim te tira del pelo?

La sonrisa de Sasha es traviesa.

—Como un *jefe*.

—¿Y te gusta? Quiero decir, ¿no te enfada?

—Me enfada, pero me excita. Siempre. Me tira de la cabeza hacia atrás, y luego me recorre el cuello con besos suaves. Placer con el dolor.

Mis entrañas se vuelven incandescentes. Temblorosas.

Dios mío, estoy tan emocionada por mi iniciación en este mundo.

Quiero preguntarle más, pero me da vergüenza.

—Así que, em… ¿qué más hace?

Me lanza una mirada bajo sus pestañas.

—De todo. Es un diablo. —Pienso en todo lo embriagador de su marido. Es aterrador, cubierto de tatuajes que evidencian su participación en la mafia rusa, y es posesivo con Sasha pero también muy indulgente. Su rostro se suaviza cuando la mira.

Mi corazón late más rápido. Yo también quiero un diablo ruso.

Sasha termina su maquillaje y se recoge el frente de su largo pelo rojo en un moño al estilo de Ariana Grande en la parte superior de su cabeza, con la cola cayendo por la espalda junto con el resto de su pelo largo y espeso.

Señala la silla frente a mi tocador.

—Siéntate.

Me dejo caer y dejo que me rice el pelo mientras me pongo la base de maquillaje. Cuando termina con mi pelo, me aplica el resto del maquillaje, haciendo que mis ojos parezcan el doble de grandes sin que parezca muy maquillada.

—¿Tienes hambre? Deberíamos comer algo antes de irnos. —Sasha se mete en un vestido-corsé negro.

—Sí, definitivamente deberíamos ir a por tacos vestidas así.

Se ríe.

—Podríamos pedir algo. ¿Qué hora es? —Mira su móvil—. ¡Mierda! No creo que tengamos tiempo. Tenemos que salir de aquí ahora en caso de que haya tráfico. —Se pone unas botas de cuero hasta el muslo con tacones de siete centímetros.

Meto los pies en unos stilettos negros, mis pobres arcos gritan después de haber llevado tacones todo el día.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quieres que conduzca yo?

—Debería haber un coche esperando fuera. Maxim estaba enfadado por que fuéramos solas, pero supongo que tuvo que ir a aceitar a algún diplomático ruso que también va esta noche. El coche y el conductor fueron su solución.

Sasha cierra su maleta, y ambas nos ponemos abrigos largos para esconder nuestros atuendos cuando salgamos.

Nos despedimos de mis compañeras de piso y salimos pavoneándonos para encontrar el Lincoln Towncar esperando en la acera.

—No puedo creer que realmente vaya a hacer esto —murmuro.

—Kayla —dice Sasha después de que ambas nos hemos subido al asiento trasero—. Esto es para ti, no para nadie más. No vayas a actuar. Haz que él actúe para ti.

—Pero yo soy la sumisa.

—Sí, y tu trabajo es fácil. Tú recibes, él entrega. Pero no estás allí por él. Estás allí por ti. Recuerda eso. En última instancia, todo se trata de tu satisfacción. No vas a volver a ver a este tío. Ve con la intención de conseguir lo que quieres de esto.

Apoyo la cabeza en el asiento, mis párpados revoloteando con deseo y confusión.

No suelo ser una chica de aventuras de una noche. Soy del tipo que se encariña. Inmediatamente. Es un problema. Probablemente por eso no tengo novio. Los asusto.

Pero puedo hacer esto.

Como dijo Sasha, es para mí, no para ellos.

Solo tengo que seguir recordándomelo.

CAPÍTULO 2



Pavel

Valdemar insiste en que lleguemos al exclusivo club BDSM de Beverly Hills en cuanto abra. Es miembro de Black Light East, el club hermano en D.C., pero por alguna razón quería asistir al evento de la Costa Oeste este año. Ya he firmado un acuerdo de confidencialidad y un contrato para participar, pero Maxim completa su papeleo, y se nos indica que dejemos todos los dispositivos digitales en el vestuario.

Traigo conmigo la bolsa de lona con los juguetes e implementos que planeo usar con mi sumisa. Hacemos un recorrido para orientarnos. Estamos en una mansión multimillonaria, bajo un elegante club nocturno llamado Runway. Todo está bellamente equipado y diseñado con esmero tanto para la comodidad como para las actividades sexuales. Asientos de salón confortables, mesas, reservados y un bar. Un pequeño escenario se eleva en la esquina izquierda y, lo más sorprendente, una piscina, jacuzzi y sauna a la derecha. A lo largo de un lado del club, hay salas privadas para enfriarse, y al fondo, veo una habitación tipo guardería para juegos de edad, un consultorio médico para jugar al doctor y (mi favorita en particular) una cámara de tortura.

En el bar, me apoyo sobre mis codos y evalúo a la gente. Valdemar nos compra a Maxim y a mí una ronda de vodka Beluga

Noble, y nos acomodamos en un par de sofás.

—¿Así que un brigadier sabe lo que hace en un lugar tan distinguido como este? —pregunta. Es otra queja no tan sutil de que Maxim no esté participando con él en mi lugar. No tengo suficiente rango en nuestra organización para aplacar el ego de Valdemar.

Asiento en silencio, tratando de reprimir mi irritación. Valdemar es un charlatán. Maxim lo ha manejado la mayor parte de la noche, y preferiría que continuara haciéndolo. Congraciarse con imbéciles de la embajada no es lo mío. Soy más bien el tipo que envías para amenazar a alguien.

—¿Has azotado a una mujer antes?

Resisto el impulso de hundir la cabeza entre las manos y gemir. ¿De verdad tenemos que sentarnos con él y discutir esto? ¿Cuánto tiempo hasta que pueda deshacerme de su pomposo trasero obeso y hacer gritar a una mujer?

No tengo claro por qué a Valdemar le gusta tener a un hermano de la bratva a su lado para estos eventos. Supongo que necesita un asociado de aspecto rudo para que se le ponga dura. Quizás está tomando prestado su estatus de macho alfa de nosotros. Una parte de mí piensa que en secreto tal vez quiera ser un sumiso pero aún no se lo ha admitido a sí mismo.

Todos esos son términos que ahora conozco bien después de investigar a fondo este estilo de vida. *Activo*. *Pasivo*. Diferentes matices que *dominante* y *sumiso*.

Maxim se mantiene sereno y cumple con su parte de llevar la conversación trivial con Valdemar, pero noto que sigue mirando hacia la entrada, esperando a que llegue su encantadora esposa. Que Dios nos ayude a todos si Valdemar dice algo irrespetuoso o intenta tocar a Sasha esta noche. Nuestro *pakhan* me advirtió que no dejara que eso sucediera.

—¿Lo has hecho, Pavel? —insiste Valdemar cuando ignoro su pregunta.

—La tortura es mi especialidad —le digo. He tenido media docena de escenas durante el último año, pero seguro que no voy a sacarlas a relucir para que él las examine.

—No es lo mismo —insiste Valdemar, y aunque sé que tiene razón, quiero partirle los dientes. Como si necesitara que este pavo real me instruyera esta noche. Por Dios santo, si se queda a mi lado para darme consejos esta noche, estrangularé al hombre.

Afortunadamente, me salvo de una lección cuando Maxim se pone de pie de golpe. Sasha se dirige hacia nosotros con una pequeña rubia a su lado que parece venir directamente de la Mansión Playboy. La reconozco de la boda en Ibiza, pero la ignoré entonces y planeo hacerlo de nuevo esta noche.

Si fuera del tipo que pone los ojos en blanco, definitivamente lo haría ahora. La amiguita de Sasha parece pensar que está asistiendo a algún tipo de fiesta universitaria. Me voy a reír a carcajadas la primera vez que una vara le cruce el trasero esta noche y grite por su mamá.

Decir que no es mi tipo sería quedarme corto. Es demasiado inocente. Mona. Y probablemente engreída. Parece problemática.

Maxim agarra la cintura de Sasha posesivamente, agarrándole el pelo cuando la besa para saludarla y tomándose demasiado tiempo con su saludo privado antes de presentarla a Valdemar.

—Esta es mi antigua compañera de piso Kayla —dice Sasha dirigiéndose a mí y a Valdemar—. Pero esta noche usa el nombre de Kiki. Kiki, recuerdas a Pavel, y este es Valdemar.

Al examinarla más de cerca, puedo ver que todo en la compañera de piso representa a Hollywood a la perfección, aparte de su tamaño pequeño. Tiene el pelo rubio ondulado en suaves ondas que le caen por la espalda, grandes ojos azules y un hoyuelo en medio de la barbilla. Es esbelta pero aún tiene tetas, y sus piernas están perfectamente proporcionadas para combinar con la cintura estrecha.

Odio la perfección.

De hecho, la idea de hacer conversación trivial con esta criatura ofensiva además de con Valdemar me enferma.

Me doy la vuelta y me alejo.

Sé que es grosero, pero soy un dominante. No estoy aquí para ser amable. Definitivamente no estoy aquí para entretener a la amiga de la universidad de mi compañera de suite. Insultarla

probablemente le está haciendo un favor, porque va a tener un despertar brusco cuando uno de los dominantes aquí ponga sus manos sobre ella.

¿Ser cruel para ser amable, verdad?

Sé sin mirar atrás que la he ofendido.

Posiblemente incluso herido.

Endurezco mi alma contra cualquier remordimiento.

Kayla Pantalones Calientes no es mi problema.



Kayla

¿Qué demonios?

¿He hecho algo mal? Pavel acaba de alejarse después de mirarme con desdén.

Ahuyento mi sofoco de vergüenza mientras observo su espalda. Es sexy de esa manera de chico malo. Hombros anchos, brazos musculosos. Se ve elegante con una camisa de diseñador. Tiene pelo rubio arenoso y ojos grises tormentosos. Los tatuajes se asoman por debajo de sus puños y cuello, como los del marido de Sasha.

—Ignóralo. —Sasha me toca el brazo—. Solo está siendo un imbécil. Probablemente tratando de entrar en modo dominante.

Trago saliva, con mariposas revoloteando en mi vientre al saber que en la próxima hora, algún dominante en este club tomará el control sobre mí. Mis ojos vuelven a la espalda de Pavel. No debería querer que fuera él.

Es el último tipo que debería desear. Obviamente me encontró desagradable. Seríamos una pareja terrible.

Aun así, soy como el gato en la habitación que encuentra a la única persona que odia a los felinos y salta en su regazo. Me siento atraída hacia él como el metal a un imán, el deseo de su aprobación ardiendo ahora en el centro de mi ser.

Quizás es porque quiero lo que tiene Sasha: un marido ruso posesivo y protector que la mira como si fuera el sol mismo. Y no de esa manera en que la glorifica. Algunas personas hacen eso en las

relaciones: convierten a su pareja en un símbolo de algo que creen que quieren o necesitan sin ver realmente a la persona.

Exactamente lo que estoy haciendo con Pavel ahora mismo. No conozco al tipo en absoluto, y aquí estoy convirtiéndolo en algo que anhelo.

Agito las manos como si quisiera deshacerme de mis deseos.

—¿Nerviosa? —pregunta Sasha.

—Sí —admito.

—No te preocupes. Estás a salvo aquí. ¿Recuerdas las palabras de seguridad?

—No voy a usar ninguna palabra de seguridad —le digo—. Quiero ganar ese pase mensual gratuito. —Cualquier pareja que aguante toda la noche de juego recibe un pase mensual para Black Light, valorado en dos mil quinientos dólares. Aunque esta sea mi primera incursión aquí, espero armarme de valor y volver, incluso sin Sasha.

—Bueno, no hay vergüenza en ello, ¿sabes? Usa amarillo tan a menudo como lo necesites. Recuerda que estás aquí por ti misma.

Cierto. Aquí por mí misma. No para impresionar a algún chico malo desinteresado que hace que mi corazón palpite simplemente por parecer intimidante.

—Buenas noches y feliz día de San Valentín. ¿Quién está listo para empezar? —Una voz femenina amplificada llena el teatro.

—¡Oh! —aspiro aterrorizada—. Tengo que irme.

—Mucha suerte —susurra Sasha y me aprieta la mano, igual que solía hacer cuando estábamos entre bastidores en la USC.

Camino rápidamente hacia el lateral del escenario donde se han reunido los participantes. Aunque no lo busque, mi brújula corporal sabe exactamente dónde está Pavel, con su desenfadada postura bien vestida que lo hace parecer el hombre más pecaminoso del lugar.

En el escenario, la maestra de ceremonias, Madison, una mujer hermosa con botas sexys, da la bienvenida al público. —…para todos vosotros, vírgenes de la Ruleta: preparaos. ¡Esta noche será emocionante, entretenida y totalmente CALIENTE!

Me balanceo sobre mis tacones, con el pulso acelerado.

Explica las reglas y luego llama a los dominantes al escenario para que saquen palitos de helado y ver quién lanza primero. Si por casualidad me fijo en el trasero de un dominante ruso en particular, no es culpa mía, ¿verdad? Es decir, están de espaldas a mí. Es natural mirar.

El diplomático, Valdemar, se inclina y murmura algo en su oído, pero Pavel no sonríe ni siquiera reconoce lo que sea que el hombre dijo. Quizás Sasha tenía razón: está entrando en modo dominante. No puede ser normalmente tan frío, o ella habría dicho algo. Parecía perfectamente cómoda y cálida con él.

Vale, deja de mirar el trasero del ruso. Hay otros dominantes aquí. Las probabilidades de que me emparejen con el ruso son… em, ¡ay, no lo sé! Me especialicé en teatro, no en matemáticas.

—Nuestro primer dominante lanzará ahora la bola para conocer a su sumisa. —Contengo la respiración y observo cómo un hombre alto de pelo negro lanza su bola a la ruleta giratoria. Le emparejan con una esbelta pelirroja.

—A continuación, tenemos al Amo Pavel.

Oh. Me quedo inmóvil, viendo cómo lanza su bola, que baila y salta en la ruleta giratoria hasta que se asienta.

—Será emparejado con la sumisa, Kiki.

Avanzo tambaleándome, con la cabeza dándome vueltas. Estoy mitad incrédula, mitad satisfecha de haber sido emparejada con el tipo que quería, aunque no tengo claro por qué le quería. Me observa acercarme, con expresión serena e imposible de leer. Los ojos grises me estudian. No está impasible, pero no muestra lo que hay detrás de esa mirada fría.

—Kiki, haz girar la ruleta para tu primera actividad —me indica Madison.

Hago girar la ruleta y lanzo mi bola. Rebota y se asienta en una ranura.

—Ha caído en *humillación*.

Em, vaya. Eso parece a la vez fácil y aterrador.

Pavel no dice nada, pero de algún modo, siento su desaprobación. La complaciente que hay en mí se pone nerviosa,

necesitando esforzarse más para demostrar que soy lo bastante buena. Pero las palabras de Sasha vuelven a mí.

Esto es para ti.

Cierto. Estoy actuando, pero el objetivo final no es conquistar a mi compañero o al público. Es conseguir la experiencia que esperaba cuando me inscribí.

Que se cumplan mis fantasías.

Así que levanto la barbilla y lanzo a Pavel una mirada desafiante.

Las comisuras de sus labios se elevan una fracción. Al parecer, le gustan los desafíos.

Una sumisa no sumisa.

Vale, puedo interpretar ese papel.

Pavel me toma del codo de manera autoritaria y me conduce fuera del escenario para colocarnos junto a la primera pareja mientras esperamos a que se formen el resto de las parejas. Me posiciono frente a él, inclinando la cabeza hacia atrás para ofrecer esa mirada desafiante de nuevo.

Sus dedos se cierran inmediatamente alrededor de mi garganta, y aprieta, no lo suficiente para detener mi respiración, pero casi. —No deberías haber venido esta noche, florecilla. —Cierra los dedos por completo durante una fracción de segundo y luego relaja su agarre.

—¿Pensaba que venirse era el objetivo?

Esto me gana una sonrisa real, una sonrisa malvada y salvaje. Tenía razón: le gusta la insolencia.

—*Nyet.* No deberías haber venido. Alguien va a aplastar tus pétalos, florecilla. —Encuentro su acento sexy. Suena como el malo de una película de espías, y siempre me enamoro del malo.

—¿Ese alguien eres tú? —pregunto, mi voz saliendo más ronca de lo que esperaba.

Libera mi cuello y mira hacia otro lado, como si no fuera digna de una respuesta o de su atención continua.

Vaaaale. Tal vez esto sea parte de algún juego mental dominante. Está tratando de desequilibrarme. O quizás, realmente no le gusto.

Excepto que entonces le oigo murmurar: —Vas a salir herida.

Saco mis tetas aunque todavía esté mirando a otro lado. —Para eso estoy aquí. —Si piensa que tengo miedo al dolor, está equivocado.

No me habría vuelto a poner tacones esta noche si no fuera masoquista. No habría pasado las últimas seis semanas leyendo cada libro y blog sobre BDSM si no me encantara la idea de que un hombre me hiciera daño para su placer.

Siempre he sabido que tenía esta veta. Sasha me aconsejó una vez que hiciera una mamada espectacular si me encontraba en un casting sábana en vez de dejar que un director hiciera lo que quisiera conmigo, pero dudaba que, si se presentaba la situación, hiciera algo más que rendirme completamente. La sumisión es parte de mi cableado interno.

Simplemente no he tenido la oportunidad de ofrecerla realmente hasta esta noche.

Pavel se da la vuelta y recorre mi cuerpo con una mirada fría, de arriba a abajo y de vuelta arriba. —Veremos cuánto aguantas —dice.

Coloco una cadera hacia fuera. —¿*Quieres* que diga *rojo*?

Otra mirada insondable.

—No —dice finalmente, pero escupe la palabra como si tuviera mal sabor.

No le gusto.

No pasa nada, le gustaré. Cuando descubra que puedo soportar todo lo que me eche encima, quedará impresionado conmigo.

Y ahí estará mi diversión. La forma en que hago esto para mí, no para él. Es una distinción sutil. Probablemente parezca lo mismo desde fuera, pero la charla de ánimo de Sasha realmente me ha ayudado. Porque sé que mi satisfacción vendrá de mi rendición. Su aprobación no será la recompensa, será la guinda del pastel.

CAPÍTULO 3



Pavel

Blyat. No puedo creer que me haya tocado la compañera de piso. Esa cosa perfecta, saludable, intacta y delicada que Sasha ha traído consigo.

Esto es una puta mierda.

Yo quería una sumisa en la que pudiera esforzarme por quebrantar. Una mujer con profundas capas de tormento. Dañada, como yo.

No quería estar aquí con la Jodida Niña Buena de Estados Unidos.

Mi labio se curva en una mueca mientras observo a la chica. Mis huellas dactilares destacan en rojo sobre su pálida y delicada garganta. Es pequeña pero bien proporcionada, con una figura esbelta y definida. Adorable, si te va ese tipo de cosas.

A mí no. Prefiero a una mujer con algo más de carne en los huesos. Una que no parezca que podría romperle el brazo sin esfuerzo. Una que no parezca que sería una frígida estirada en la cama.

La miro fijamente mientras todas mis fantasías para la noche se desmoronan y caen al suelo en una pila de polvo.

Humillación fue su primer giro. ¿Qué puede ser más básico y aburrido que eso?

Finge no estar nerviosa, dirigiendo su atención a las otras parejas mientras los emparejamientos y actividades se van sucediendo uno a uno. Finalmente, cuando la última pareja está formada, alguien del público grita: —¡Vamos!

—Tenéis razón —dice la maestra de ceremonias—. ¡Es hora de que nuestros participantes vayan a comenzar la Ruleta de San Valentín! ¡Buena suerte!

Tomo a Kayla (no voy a llamarla Kiki, eso es ridículo) bruscamente por el codo y la conduzco hasta donde dejé mi bolsa de juguetes. Miro alrededor, considerando dónde llevarla. Maxim y Sasha nos observan desde sus asientos. Estar cerca de ellos es lo último que quiero, pero a Kayla le tocó humillación. Quizás hacer que su amiga presencie su sometimiento aumentaría la humillación.

Pero no. No quiero a esos dos respirándome en la nuca o juzgándome. Me imaginé estar aquí con público pero no de esa manera.

En su lugar, me abro paso a través de la zona del bar hacia el área principal de juego donde elijo un asiento apartado en la esquina. En cuanto me siento en el sofá, tiro de Kayla sobre mi regazo y empiezo a azotarla con fuerza.

Ella aprieta sus pequeñas y firmes nalgas, pataleando con sus tacones altos.

—Pies abajo —ordeno, sin dejar de azotarla.

Obedece inmediatamente. No puedo decidir si eso me sorprende o no. Tenía ciertos rasgos de ratoncita, pero los tomé más como producto de su buena educación que de su personalidad.

Estira las piernas, cruzándolas y apretándolas como si estuviera excitada mientras rebota y cabalga en mi regazo con cada sonoro azote. Antes de que tenga oportunidad de adaptarse al dolor y acostumbrarse a su nueva realidad, me detengo y la empujo fuera de mi regazo hacia el suelo.

—Arrodíllate.

Adopta la posición de inmediato, arrodillándose a mis pies con la cabeza gacha, una cortina de ondas rubias ocultando su rostro.

Decido que SÍ estoy sorprendido. Supongo que no esperaba una obediencia total de su parte. Pensé que sería más del tipo que se

enfurruña y hace pucheros. Desordenada y una molestia para mí.

Hasta ahora, ha demostrado que me equivocaba.

Coloco un nudillo bajo su barbilla y la levanto para examinar su expresión. Su cara está sonrojada, los ojos brillantes con lágrimas contenidas. Hay un temblor en su barbilla.

—¿Por qué fue eso? —Su voz suena entrecortada y herida.

—Eso fue para mí —le informo—. No necesito una razón para azotarte, florecilla. Eres mi sumisa. Si quiero tenerte sobre mi regazo con el culo ardiendo, ahí es donde estarás.

Esa noticia parece calmarla. El brillo en sus ojos desaparece, y sus hombros bajan una fracción.

Interesante.

Así que es una complaciente. No quiero que me guste eso, pero me gusta. Por primera vez desde que nos han emparejado, mi polla se endurece.

—Separa las rodillas.

Mantiene la mirada fija en mi rostro mientras separa los muslos. Es condenadamente difícil no verse afectado. Alargo la mano y deslizo un dedo bajo la tira de sus bragas. Por alguna razón, sigo convencido de que es frígida. Que es el tipo de chica que le dice que no a su novio cada noche porque no quiere despeinarse. Que no es el tipo de chica a la que podrías sujetar y ensuciar con cada deseo básico que se arrastra por tu cabeza.

Joder.

Está húmeda.

Empapada.

A la princesa estadounidense le gustaron los azotes. O que le falten el respeto. Le gusta la humillación y el dolor.

Mi polla se sacude contra la cremallera, haciendo que mis pantalones sean demasiado estrechos.

Le desato el corsé y se lo quito, arrojándolo al suelo como si no le hubiera costado al menos cien dólares.

Un temblor la recorre, pero permanece inmóvil. Sus tetas no son diminutas, sino pequeñas y respingonas, con pezones que apuntan hacia el techo. Quizá una copa B, no lo sé. Acaricio el costado de uno, luego le pellizco el pezón. Le doy una palmada. No hay mucha

carne que golpear, pero aún así rebota, así que continúo, pequeñas palmadas alrededor del costado y la parte inferior, luego otro pellizco. Le doy el mismo tratamiento a su otro pecho, observando cómo su respiración se vuelve más corta, el subir y bajar de su pecho haciendo que sea fácil seguirla.

Busco en mi bolsa unas pinzas para pezones. Tengo un par de pinzas de cocodrilo, sin cadenas. No me gusta que nada se interponga.

Pellizco y retuerzo su pezón izquierdo hasta que se alarga, luego le coloco la pinza. Sus ojos se abren de par en par, y jadea. Sus rodillas vuelven a juntarse de golpe.

—Pon las manos en la cabeza y abre esos muslos —espeto, como si estuviera disgustado.

Sus manos vuelan a su cabeza, y las rodillas se abren tan ampliamente que pienso que debió haber sido gimnasta.

Le doy una palmada en el coño, un acto que no es tan satisfactorio como lo sería si sus bragas no estuvieran ahí. Pronto rectificaré ese problema. Le doy otra palmada. —No me hagas repetírtelo —le advierto. Cuando deslizo las puntas de mis dedos bajo sus bragas, las encuentro empapadas. Su néctar está por todas partes, resbaladizo y cálido.

Su mirada es frenética, en mi rostro, observando como si su vida dependiera de complacerme.

Joder, ES complaciente. Siento una fuerte oleada de endorfinas por el poder que me ha dado. Más de lo que he tenido con cualquier otra pareja. Mucho más de lo que consigo rompiendo cráneos.

La recompenso con un rápido círculo alrededor de su clítoris, provocando que el botoncito se hinche.

Sus labios se separan.

—Chica mala —murmuro, pero mi voz es de terciopelo, y mi caricia tierna por el momento. Joder, si no me gusta que sea mala. Traviesa y necesitada y tan desesperada por complacer.

—Lo siento —su disculpa es apresurada—…Amo —hay cierta vacilación en la forma en que prueba el título.

Asiento secamente para confirmar. —*Soy* tu amo. —Retiro mis dedos de sus bragas y le doy una palmada en el coño por encima de

ellas.

El pequeño gemido que escapa de sus labios suena anhelante.

Le pellizco el pezón y lo estiro, luego coloco la otra pinza sobre él. Ella jadea de dolor y sus muslos se contraen hacia dentro, pero se controla y los vuelve a abrir, jadeando. Sus ojos se humedecen un poco y parpadea rápidamente.

—¿Quieres una pinza también en ese clítoris, florecilla?

Mueve rápidamente la cabeza en señal de negación y clava su mirada azul en la mía. La negación se ralentiza como si no estuviera segura de si debería estar diciendo *no* y estuviera buscando en mi rostro alguna indicación.

—Entonces no me desobedezcas otra vez. Te quedas en la posición en la que te pongo hasta que yo diga que puedes moverte. ¿Entendido?

Un asentimiento rápido.

Joder, es adorable. Sigue sin ser mi tipo, pero definitivamente me está gustando cada vez más.

Le agarro la muñeca que tiene sobre la cabeza y le doy un ligero tirón. —Levántate y bájate las bragas.

Le sujeto el antebrazo para ayudarla mientras se tambalea sobre sus tacones. Empieza a quitarse las bragas.

—Dije *bajar*, no quitar.

Se queda paralizada. Se las sube de nuevo por encima de las rodillas, colocándolas y mirándome en busca de aprobación.

—Exactamente así —digo cuando las coloca a media altura del muslo—. Te tocó humillación, así que bragas bajadas por ahora, aunque pronto se quitarán del todo.

Se tambalea sobre sus tacones. Supongo que le tiemblan las rodillas.

—Ven. —La atraigo sobre mi regazo. Ella contiene la respiración cuando sus pezones con pinzas golpean el sofá, haciendo una mueca y acomodándose.

Está desnuda hasta la parte superior de sus medias. Su piel es pálida, sin marcas de bronceado, sin tatuajes. De nuevo, lo perfecto no es lo mío.

Saco una palmeta de cuero de mi bolsa y le golpeo con ella cada uno de sus muslos. Ella jadea, sacudiéndose sobre mis piernas.

—Lo siento —jadea, lo que es adorable porque no es un castigo —. Quiero decir… —Se calla porque, por supuesto, no hay nada que pueda decir.

Le azoto con la palmeta, apuntando donde se sienta, golpeando ambas nalgas de un solo golpe. Ella aprieta su pequeño culo con fuerza. Acelero, azotando con fuerza y rapidez, sujetándola con un brazo firme alrededor de la cintura mientras ella se retuerce. Deja escapar pequeños gritos pero ninguna protesta. Sé que duele. Este nivel de azotes podría ser solo un calentamiento para una experta masoquista, pero estoy bastante seguro de que el culo de Kayla no ha sido probado. En ningún sentido. Considerando cuánto se retuerce y jadea, tengo la sensación de que está haciendo un gran esfuerzo para no perder el control. Demonios, casi lloró con unas pocas palmadas de mi mano antes.

No pasa nada. Planeo mantenerla boca abajo durante un rato. No tendrá que mantener la compostura para mí ni para nadie más. Creo que la posición de sumisión es perfecta para juegos de humillación. Es una lástima que tuviéramos que dejar los dispositivos electrónicos en el vestuario porque después de los azotes sería el momento perfecto para hacer una llamada telefónica y mantenerla esperando boca abajo como si no fuera más que un juguete.

Que es lo que es.

Me detengo cuando percibo que empieza a entrar en pánico, a juzgar por cómo sigue levantando la cabeza. No quiero que grite rojo o amarillo. Quiero que permanezca entregada a mí.

Deslizo mis dedos entre sus piernas. Está tan húmeda que me hundo directamente en su calor, su carne hinchada, abierta y acogedora. Bombeo un par de veces y luego encuentro su ano con mi pulgar.

Aprieta más el culo, con los muslos rígidos sobre el sofá.

Hago un sonido de reproche. —No, florecilla. Me vas a recibir aquí. Me vas a recibir donde yo exija. Sin fisting, eso sí. Recuerdo tus límites infranqueables.

Jadea y parece esforzarse para convencer a sus músculos de que se relajen. Primero una nalga y luego la otra se ablandan. Le acaricio el clítoris para recompensarla. Ella se frota contra mi regazo con gracia. El aroma de su excitación me golpea como un perfume embriagador.

Joder, esta chica.

No quiero tener la polla tan dura por ella. Es demasiado perfecta e inexperta para las cosas que quiero hacerle. Lo que me irrita aún más.

Juego con ella, entrando y saliendo, frotando su clítoris, masajeando su ano pero sin penetrar todavía. Me tomo mi tiempo. No tengo prisa por hacerla llegar al orgasmo. Aunque no pueda verlo, interpreto mi papel, actuando aburrido y mirando alrededor del salón. Veo a Valdemar desfilando con su sumisa por el club principal vestida con ropa de niña pequeña. Parece absolutamente encantado consigo mismo. Se me ocurre que ser un *daddy* domimamte podría convenirle más que el sadismo.

Alguien grita *rojo* no lejos de nosotros. Hay un pequeño alboroto cuando los monitores de la mazmorra intervienen para liberar a una sumisa en pánico, con los ojos vendados y auriculares, de un envoltorio de plástico sobre una mesa acolchada.

Kayla se mueve en mi regazo, excitándose por las caricias constantes. Deja escapar un gemido lascivo. La comisura de mis labios se levanta a pesar de mí mismo. Ojalá no fuera tan jodidamente adorable.

Lo adorable no es para mí.

Pero es difícil seguir odiándola. Es adorable.

Encuentro a Sasha y Maxim sentados en un sofá en la zona principal de juego. Y, joder, Sasha está de rodillas haciéndole a Maxim lo que parece la mejor mamada del mundo.

Caliente.

Estoy a la vez fascinado y repelido al ver a mis compañeros de suite teniendo sexo. Tengo que dar puntos a Sasha, que a menudo parece una niña mimada. Ahora mismo, parece tan sumisa como el resto de las sumisas aquí, y me alegra ver a Maxim tratado como un rey. Quiero decir, él está feliz como la hostia con ella, así que supuse

que su relación tenía que estar equilibrada en algún nivel, y ahora veo dónde. Bien, Sasha.

A por ello, Max.

Mi polla se pone más dura. Pronto, pondré a mi sumisa de rodillas y exigiré el mismo trato.

Ella gime de nuevo.

Es hora de darle algo más. Rebusco en mi bolsa de lona los tapones anales. Suponiendo que es virgen anal, desempaqueto el más pequeño para empezar. Le doy unas palmadas en el culo a Kayla para distraerla antes de retirar mi contacto para usar ambas manos y preparar el tapón con abundante lubricante.

—¿Lista para tu follada anal, florecilla?

Su cabeza se levanta de nuevo, sobresaltada. Sus adorables nalgas se aprietan. —Em…

—Era una pregunta retórica. Tu respuesta siempre debe ser *sí*.



KAYLA

Me giro para mirar por encima del hombro a Pavel, tratando de no asustarme demasiado.

—Puedes tomarlo. —Me muestra un delgado tapón de acero inoxidable, que está cubriendo con lubricante—. Es pequeño, como tú.

Puedo soportarlo.

Puedo soportarlo.

Puedo soportarlo.

Me obligo a exhalar y vuelvo a bajar la cabeza. Probablemente no sea peor que cuando mi ginecóloga me hizo un rápido examen rectal.

Pavel me da un golpecito en la nalga. —Abre.

¿Eh? No logro entender a qué se refiere hasta que me doy cuenta de que sigo apretando la proverbial moneda entre las nalgas.

Es una expresión de bailarines. Crecí tomando clases de ballet, claqué y jazz para mi carrera teatral, y mi profesora de ballet de la

infancia solía decirnos que apretáramos una moneda entre las nalgas. Probablemente tenga el suelo pélvico más fuerte del universo.

Supongo que eso cambia ahora.

Es difícil hacer que los poderosos músculos se relajen, pero finalmente, aflojo ambas nalgas.

—Mejor —observa Pavel. No es exactamente un elogio. Es bastante tacaño con los elogios, si me preguntas.

Haría casi cualquier cosa por un *buena chica* en este momento.

Vuelve a acariciarme entre las piernas, donde estoy hinchada y necesitada como el demonio. Empiezo a sentirme febril y ebria de desesperación.

—Estira los brazos hacia atrás y mantén las nalgas abiertas para mí —ordena.

¡Ay, Señor! ¿En serio? Bueno, supongo que esto se supone que es humillante. Está explotando ese ángulo a tope.

Estiro los brazos hacia atrás, ¡uf! ¡Es vergonzoso como el infierno!, y separo mis nalgas para él, abriéndome para su saqueo.

—Buena chica.

Las palabras me invaden como un bálsamo calmante. Por fin conseguí un *buena chica*. Gracias, niño Jesús. Este tío es difícil de complacer.

Arqueo mi espalda y levanto mi trasero hacia él, aún más ansiosa por su elogio ahora.

—Eso es. —Toca mi ano con el extremo bulboso del tapón. Se siente frío y duro.

Me estremezco y luego me obligo a relajarme de nuevo.

Él aplica presión. Me resisto.

—Abre, Kayla. —Es una severa advertencia, y el hecho de que usara mi nombre real, no *Kiki* o *florecilla*, su apodo para mí, me hace sentir aún más reprendida.

No sé cómo abrir o incluso a qué se refiere, pero solo pensar en ello parece funcionar porque comienzo a relajarme, y en el momento en que lo hago, presiona la punta dentro de mí. Grito de sorpresa. No duele, pero se siente definitivamente incorrecto. Incorrecto de una manera demasiado íntima y sucia. Es decir, no me preparé para

esto. ¿Se supone que hay que hacerse una ducha vaginal primero? ¿O qué se usa para anal… un enema?

¡Ay!

Pavel mete el tapón con suavidad, no insistiendo, más bien sugiriendo. El problema es que el tapón se ensancha a medida que avanza, así que comienza a estirarme.

—¡Ooh, ay! —Hago una mueca y me inquieto, cruzando nerviosamente los tobillos.

—*Abre*, Kayla.

—No sé c-c*ómo*. —Asienta el tapón completamente, y el dolor de la estirada se alivia. Ahora solo me siento vergonzosamente llena, como si tuviera que defecar.

Gira y bombea el tapón.

Oh.

Oh.

Eso es erótico.

Definitivamente hay algo de placer ahí junto con la vergüenza. Pero más placer. Empiezo a jadear, mi coño contrayéndose sobre la nada. Un sonido extremadamente necesitado sale de mis labios, y entonces me corro, el ano apretándose alrededor del tapón, mi canal vacío pulsando y temblando.

Los dedos de Pavel se hunden en mi pelo, y levanta mi cabeza con él. —¿Acabas de correrte sin permiso? —Suena enfadado.

Mi coño se contrae de nuevo. —¡Dios mío! —jadeo. Mi cerebro está revuelto por el orgasmo. Estoy caliente y nerviosa y… Dios. —Lo siento, yo…

—No dije que pudieras correrte.

—Tampoco dijiste que *no podía* correrme —ofrezco esperanzada.

—Ay, florecilla. Creo que sabes perfectamente que no es así. —Suelta mi pelo. Espero una dura azotaina, pero en su lugar su mano descansa ligeramente sobre mi trasero. Le da un suave apretón—. ¿No es cierto? —Su acento es fuerte, su voz gutural y profunda.

—Sí, Amo —murmuro.

—De vuelta a tus rodillas —ordena—. Y quítate las bragas primero.

—Sí, Amo.

Me ayuda a ponerme de pie. Me quito las bragas deslizándolas por mis piernas y luego me arrodillo sobre la moqueta industrial a sus pies.

Se desabrocha los pantalones y se desliza hacia adelante en su asiento, separando las rodillas. Me relamo los labios. Por fin, algo que sé hacer.

—Demuéstrame que lo sientes, princesa. —Libera su erección y la empuña, luego agarra la parte posterior de mi cabeza y me atrae hacia adelante.

Nunca antes me habían forzado sobre una polla, y me parece impaciente y grosero, pero entonces, eso probablemente es parte del juego. No soy yo quien está al mando, y hacer una felación suele ser uno de esos actos donde quien la da tiene el poder. Él se asegura de que yo no lo tenga.

Introduce su longitud entre mis labios, apartando mi pelo de la cara y agarrándolo detrás de mi cabeza. —Chúpala bien, florecilla.

Hago un sonido, mi versión de "lo haré" con la boca llena. Chupo con la suficiente fuerza como para hundir mis mejillas y paso mi lengua por la parte inferior de su hombría. Su polla es larga, gruesa y pesada de necesidad.

—Da un golpecito en mi pierna para *amarillo*, dos para *rojo* si lo necesitas —instruye.

Parpadeo para mostrar que entiendo.

Así que tal vez no sé qué hacer aparte de dejar que él lo haga todo porque controla el movimiento de mi cabeza, tirando de ella hacia adelante y hacia atrás por el pelo. Me ahoga, la punta de su polla golpeando la parte posterior de mi garganta. Es rudo y dominante, girando mi cabeza hacia un lado para cambiar el ángulo, luego enderezándome de nuevo.

Da un poco de miedo. A veces, cuando me atraganto, me asusta no poder respirar, pero siempre puedo. Después de un rato, empiezo a confiar en que no va a ahogarme hasta la muerte con su miembro, aunque quiera hacerme creer que sí.

—Mete los dedos en tu coño —ordena.

Me lleva unos segundos procesar las palabras. Estoy esforzándome por rendirme a su control, por suprimir mi reflejo

nauseoso. Llevo mi mano entre mis piernas. Mi coño está increíblemente mojado, más mojado que nunca. Dos de mis dedos se hunden inmediatamente. Gimo alrededor de su longitud.

—Eso es, florecilla. *Ahora* quiero que te corras. ¿Puedes provocarte un orgasmo con mi polla en la boca? —Lo hace sonar como un desafío. Como algo que duda que pueda lograr, lo que hace que me desespere por demostrarle que se equivoca.

No será difícil. Ya estoy más que excitada. El tapón en mi trasero proporciona una estimulación constante, y el erotismo de mi posición (de toda la escena) ya me está volviendo loca. Meto los dedos dentro de mí, aunque no es lo que suelo hacer cuando me masturbo. Pero claro, normalmente no estoy tan húmeda e hinchada. Uso la palma de la mano para presionar contra mi clítoris, frotando y apretándolo mientras me acaricio con los dedos.

Mis ojos comienzan a ponerse en blanco, mis pestañas revoloteando. Pavel desabrocha una de las pinzas de mi pezón. No puedo concentrarme en nada en absoluto; es suficiente con arrastrar cada respiración entrecortada por la nariz mientras chupo con todas mis fuerzas y me doy placer. Pavel desabrocha la otra pinza.

Me estremezco al correrme, mis músculos tensándose. Creo que podría haber gritado o intentado hacerlo. Mis pezones arden como fuego cuando la sangre vuelve a fluir en ellos. Intensifica mi orgasmo, que continúa y continúa, nuevas oleadas llegando cada vez que froto mi clítoris de nuevo.

Pavel es lo bastante generoso como para hacer una pausa hasta que termino. Me acaricia la mejilla con el pulgar antes de reanudar sus embestidas en mi boca con más rudeza. —Eso es, florecilla. Buena chica —me elogia, aunque sus movimientos no tienen nada de gratificantes. Puedo oír lo áspero de su respiración, y suena ronca y entrecortada. Ahora él también está al límite.

Un nuevo placer me inunda al saber que le he excitado. Que formo parte de su orgasmo. —Voy a correrme ahora, Kayla. ¿Quieres que me corra en tu garganta o sobre esos bonitos pechos tuyos? Da un golpecito para la garganta, dos para los pechos.

Doy un golpecito. Sasha fue quien me enseñó a tragar en la universidad, y estoy bastante orgullosa de mi habilidad. Demándame

si quiero lucirme un poco. Dios sabe que no hay mucho que impresione a este tipo.

Murmura algo en ruso que suena como un insulto, golpeando el fondo de mi garganta con embestidas bruscas hasta que agarra mi pelo con fuerza, me sostiene contra él y se corre.

Trago y trago, parpadeando para contener las lágrimas de mis ojos.

—Eso es. Buena chica.

Otro *buena chica*. Estoy volando.

—Límpialo —ordena, lo que ya estoy haciendo. Guarda su miembro y se sube la cremallera del pantalón—. Ven aquí —indica.

¿Quiere que me siente en su regazo? No parece propio de él. ¿Quizás sobre su regazo? Maldita sea, ojalá lo supiera. Me tambaleo hasta ponerme en pie, la sangre volviendo a circular por mis piernas.

Me coge del codo para sostenerme y luego gira mis caderas hasta que quedo de espaldas a él y me sienta en su regazo. —Ven aquí, pequeña muñequita. Eso ha sido muy caliente. —Su aliento es cálido en mi oído. Me regodeo en sus elogios, aunque esta noche se suponía que era sobre complacerme a mí misma.

Pero lo he hecho. Estoy más satisfecha de lo que jamás he estado en mi vida.

Me retuerzo en su regazo, el tapón anal moviéndose dentro de mí.

—Piernas abiertas, princesa. —Coge mis piernas y las echa sobre la parte exterior de sus rodillas, dejándome totalmente expuesta. No llevo nada más que mis medias de rejilla hasta el muslo, tacones y un tapón anal, así que acaba de exponer mi chichi para que toda la sala lo vea, pero no puedo encontrar motivos para que me importe.

Agarra mi pecho derecho, masajeándolo bruscamente. Con posesión. Me muerde el hombro. Su otra mano acaricia entre mis piernas. A pesar de acabar de tener un orgasmo, estoy más que preparada para volver a empezar. De hecho, por cómo me siento ahora, nunca será suficiente. Estoy tan excitada que podría continuar toda la noche y seguir sin estar satisfecha.

Pavel parece saberlo porque me folla con dos dedos, luego tres, mientras mordisquea mi cuello y posee mi pecho y pezón.

Dios mío.

Es increíble. Me siento increíble: sexy y poderosa. Hermosa. Hedonista.

Al parecer, lo único que tengo que hacer es recibir, así que dejo caer la cabeza hacia atrás sobre su hombro, con los pechos orientados hacia el techo mientras él se ocupa de mis necesidades.

Al principio no me doy cuenta de que estoy gimiendo. Gemidos fuertes, lascivos y vergonzosos. —¡Oh Dios! —me tapo la boca con ambas manos para callarme.

—No. —Pavel suena tan frenético como yo me siento—. Déjame oírte.

—Oh —gimo.

Me folla más rápido con sus dedos. Mi trasero se aprieta alrededor del tapón, y cada vez que lo hace me acerca más al clímax.

—Oh Dios. —Recuerdo pedir permiso—. Por favor, Amo, ¿puedo correrme?

—No. —Sigue moviendo sus dedos, volviéndome loca.

Espera… *¿qué?*

Ya estoy prácticamente fuera de mí, y ahora mi cerebro se desordena por completo. NECESITO correrme.

—¿P-por favor? —Me castañetean los dientes. En serio podría morir si no me deja correrme, y sin embargo, desobedecerle no es una opción.

—*Por favor*, Pavel.

—Me gusta cómo suplicas. —Suena tan alterado como yo. Sus dedos vuelan, llevándome al borde de la locura.

—Tengo que hacerlo. Oh, Dios, TENGO que hacerlo. —Me retuerzo en su regazo, al borde tanto del éxtasis como de la muerte.

No dice nada, solo me muerde el cuello y me folla con un cono formado por sus dedos.

Finalmente, cuando estoy segura de que voy a morir, dice: —Córrete, florecilla —pronuncia las palabras justo al lado de mi oído. Se saltan mi cerebro y van directamente a mi coño empapado, y me corro con un grito. Me retuerzo y cabalgo sus dedos, sujetando los míos encima de los suyos para empujarlos más profundo.

—Oh —jadeo, abrumada.

Pavel saca suavemente sus dedos y se los lleva a los labios, chupando mis jugos.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que tenemos público. Un público bastante numeroso. Están murmurando cosas alentadoras. Me incorporo, poniéndome rígida.

No creo que Pavel se hubiera dado cuenta antes porque maldice en ruso.

CAPÍTULO 4



Pavel

Quiero arrancarle los dientes a cada hombre que acaba de ver a Kayla correrse. Y hay muchos. Todo un círculo de *pridurki* parados en semicírculo, devorando con la mirada a mi compañera, hermosa como una estrella del porno. Quiero romperles la nariz con mi rodilla. Abofetearles las orejas. Estamparlos contra el suelo agarrándolos por el cuello.

No es propio de mí; no soy posesivo con las mujeres. Soy lo contrario, por eso vine a un evento como este. Prefiero encuentros sin significado y sin posesión.

Pero alguna parte de mí que no reconozco no está de acuerdo con eso.

Blyat. Levanto a Kayla para que se ponga en pie.

—Recoge tu top y dámelo —le ordeno.

Se inclina para recoger su corsé. La devuelvo a mi regazo y se lo pongo yo mismo, ajustando los cordones y atándolos. Le dejo el tapón puesto únicamente porque no quiero que todos me vean quitárselo.

Sí, sería humillante para ella, tal como indica el nombre de esta escena.

Pero me importa una mierda.

No pienso hacerlo.

—Ponte las bragas otra vez, florecilla —le murmuro a Kayla. De repente, desde mi punto de vista, estamos en el mismo equipo. La estoy protegiendo de esos imbéciles mirones de ahí fuera.

Una parte de mí quiere detenerse y examinar esto, porque estoy seguro de que lo estoy jodiendo de alguna manera. Olvidándome de cómo dominarla como se supone que debo hacerlo, pero aparto esos pensamientos.

Kayla obedece y se pone las bragas. El tapón no se ve a través del corte en forma de corazón en la parte trasera de sus bragas. Le doy una palmadita para mostrar mi dominio y la guío de vuelta hacia el teatro. Camina con dificultad con sus tacones. La vi manejarlos sin problema cuando llegó, así que supongo que es porque ese orgasmo acaba de volarle la cabeza. Sus piernas probablemente son de goma ahora mismo. Diablos, yo también tengo algo de esa sensación.

La llevo hasta la barra y pido dos botellas de agua y un plato de frutos secos. Supongo que necesita recargarse si vamos a aguantar dos rondas más. Los dos lo necesitamos.

Saco un taburete para ella y la ayudo a subirse, disfrutando de la forma delicada en que se sienta para acomodar el tapón. Se bebe la mitad de su agua de un tirón y toma un buen puñado de frutos secos.

Me lanza una mirada bajo sus pestañas. —¿Se me permite hablar?

—Sí. Si no eres demasiado molesta.

En lugar de ofenderse, veo aparecer un hoyuelo. —Intentaré no serlo. Gracias por los frutos secos. Estaba muerta de hambre. Sasha y yo no tuvimos tiempo de cenar.

Ya es más conversación de la que quería tener con ella, así que simplemente inclino la cabeza.

—¿Ya te estoy molestando?

Mis labios se curvan. Joder, es adorable. —Sí.

Su mirada cae. —Lo siento. —Coge otro puñado de frutos secos y se los mete en la boca. Por alguna razón, me encuentro fascinado por sus labios mientras come. La ligera capa de sal que los cubre me hace querer lamerlos. Pero eso no tiene sentido porque nunca beso a mis compañeras de juego.

Por supuesto, ese pensamiento me lleva a la imagen de empujarla contra una pared y adueñarme de esa boca tan expresiva. Hacerla callar con mi lengua, mordiendo ese labio inferior.

—¿Por qué llegaste tarde? —me sorprendo a mí mismo hablando.

Me lanza una mirada, aparentemente tan sorprendida como yo. —Tuve una grabación todo el día. Les llevó como ciento cuarenta tomas filmar un anuncio de sesenta segundos.

No quiero estar interesado, pero de repente me importa su historia. —¿Eres actriz? ¿Como Sasha?

—Sí. Fuimos juntas a la USC para estudiar teatro. Compartimos habitación durante tres años.

Es casi doloroso pensar en esta delicada y saludable criaturita como una estudiante universitaria despreocupada, esperanzada y ansiosa por encontrar algún papel secundario en la obra escolar. Refuerza mi creencia de que no pertenece a este lugar. Ciertamente no para ser torturada por mí.

Me hace sentir sucio y mezquino.

Excepto que vuelve a mi memoria el recuerdo de ella corriéndose solo por chuparme la polla. El rubor de sus mejillas, el brillo vidriado de sus ojos y cómo se le pusieron en blanco. Estaba ebria de lujuria.

No es tan inocente después de todo.

Joder, sería tan fácil para algún director de Hollywood aprovecharse de ella, descubrir su pequeño corazón pervertido y usarlo para su mezquino placer sin darle el respeto que merece. Aprieto mi botella de agua, haciéndola crujir.

Sus ojos se abren al mirarla.

—Quiero ver tu anuncio —me encuentro diciendo.

—Oh. —Se sonroja—. Yo… no era mi anuncio. Solo estaba bailando en el fondo durante todo el tiempo. Se suponía que era en una discoteca. El anuncio es para una bebida energética.

Ahora estoy cabreado porque no la hicieron la protagonista. ¿Por qué coño no lo harían? Está buenísima. No puedo imaginar que otra actriz lo hiciera mejor.

—Vamos —ladro en cuanto termina los frutos secos y el agua.

Me lanza una mirada nerviosa y prácticamente se lanza del taburete. Tan obediente.

Quiero ponerle un collar y una correa. Mantenerla a mis pies para que me la chupe como lo hizo antes, cada vez que esté cachondo.

Soy un pervertido retorcido.

Volvemos a subir al escenario, y Kayla da un paso adelante para hacer girar la rueda. Me coloco detrás de ella, rodeando su cintura con un brazo para atraer su trasero contra mi entrepierna y hacer presión sobre el tapón. Su vientre se estremece en su siguiente respiración. Lanza la bola a la rueda, y rebota.

—Kiki y Amo Pavel han caído en *anal* —anuncia la maestra de ceremonias.

Aburrido.

Todavía detrás de ella, envuelvo mis dedos alrededor de su garganta, apretando su pecho con mi otra mano. —Mi polla en tu culo esta noche era algo seguro, florecilla. Veremos si podemos hacerlo más interesante. Creo que primero te marcaré ese culo, ¿hmm? ¿Estás adolorida por tu última azotaina?

—No, Amo. —Su voz es suave y cálida. No es lo que esperaba. Pensé que se quejaría como una niña por recibir más azotes en el culo.

Mi polla se alarga en mis pantalones. —Vamos, *printsessa*. —La guío fuera del escenario y hacia la sala de tortura medieval que está vacía.

La llevo a uno de los potros de azotes de la habitación. —Quítate las bragas —ordeno.

Ella agacha la cabeza y se quita las bragas, arrugándolas en una mano, como si no supiera qué hacer con ellas. Se las quito y las guardo en mi bolsillo. La observo de manera crítica. —Quítate también esas medias —digo—. Quiero azotar también la parte posterior de tus muslos.

Me deleito al ver el escalofrío que la recorre. Se quita los tacones y se despoja de las medias. Cuando lo hace, noto que sus pies tienen marcas rojas de irritación por los zapatos.

Meto las manos en mis bolsillos, considerándolos. —¿Te duelen los pies, florecilla?

—Oh. —Mira hacia abajo—. He-he estado con tacones todo el día, Amo.

—¿Pero aun así los llevaste esta noche? ¿Para mí? —No, claro que no para mí. Mi polla está tomando el control de mi cerebro. Ni siquiera sabía que estaría emparejada conmigo esta noche.

Pero ella dice con esa misma voz suave como la miel: —Sí, Amo.

Joder.

Estoy dividido entre recompensarla por su sacrificio e infligirle más dolor.

—Te ves jodidamente preciosa con esos tacones —digo con brusquedad. Es cierto. Tiene piernas delgadas y musculosas, como una bailarina, y los tacones hacen que parezcan obras de arte.

Su mirada vuela hacia mi rostro, escrutadora. —Em, gracias.

—Sé que duelen, pero quiero que te los vuelvas a poner.

Inmediatamente se los vuelve a calzar.

Me acerco a su espacio y acaricio su monte de Venus, mientras me estiro para girar el tapón en su trasero al mismo tiempo. —¿Te humedece saber que tu dolor me da placer? —Acaricio su hendidura, que al instante produce néctar.

—Sí, Amo.

Joder, es dulce.

—Buena chica. Voy a hacerte más daño. No porque seas mala. —Hundo un dedo dentro de ella y se retuerce, su expresión volviéndose necesitada—. Sino porque quiero. Lo entiendes, ¿verdad?

Asiente con entusiasmo. —Sí, Amo.

—Eso pensaba. No te gusta ser una chica mala, ¿verdad?

Un rápido movimiento de cabeza. —No, Amo.

—Eso creía. Eres complaciente. Una sumisa de servicio.

Su expresión se ilumina. Como si alguien la viera por primera vez en su vida. —Sí, Amo.

Giro el tapón en su trasero. —Cada vez que dices *sí Amo* con esa voz suave y sedosa, me pongo duro, florecilla.

Prácticamente resplandece con el cumplido.

—Ahora arrodíllate e inclínate. —Deslizo mi dedo fuera de ella y uso el tapón anal para guiarla hasta el potro de azotes.

Cae de rodillas y dobla el torso sobre el banco acolchado. Le abrocho los tobillos y las muñecas.

Me siento cruel. Quizás resiento a mi pequeña florecilla por ser tan condenadamente agradable. Es difícil que me desagrade, y yo quería odiarla. Las mujeres como ella no son para hombres como yo.

Yo soy de los que acechan en las sombras. Mis pecados claramente marcados en tinta por toda mi piel. Un soldado ruso que mató, primero por su país y luego por su célula bratva. No valgo nada, ¿y esta chica? Es oro.

Es joven, talentosa, dulce. Inteligente y complaciente. Definitivamente llegará lejos. El monstruo dentro de mí quiere dañarla por ello, pero también quiero matar a cualquiera que piense en dañarla.

Saco una caña de ratán y la golpeo contra mi palma. Muerde, incluso sin mucha fuerza.

Mi florecilla no estará preparada para algo así, y sin embargo, me siento impulsado a usarlo en ella.

Para aplastar sus alas y asegurarme de que nunca regrese aquí, donde no es seguro para una flor dulce y dolorida como ella.

Avanzo y jugueteo con el tapón en su trasero. Gime y balancea sus caderas. Golpeo sus nalgas ligeramente con la caña. —Voy a marcar tu pequeño trasero ahora, florecilla.

Emite un pequeño gemido. Los músculos de su espalda baja se tensan en preparación para el primer golpe. Balanceo la caña, apunto y golpeo justo por el centro de sus nalgas.

Ella deja escapar lo que suena como un grito involuntario y luego un largo, largo quejido de recuperación.

Golpeo de nuevo, justo debajo del primero.

Chilla, su cuerpo entrando instantáneamente en modo de huida mientras lucha contra sus ataduras. —¿Amo? —Hay pánico en su voz.

Froto entre sus piernas para ver cómo ha asimilado el dolor esta vez. Está empapada con lubricación fresca, aparentemente igual de excitada a pesar de la intensidad.

Quiero azotarla sin piedad hasta que grite y diga *rojo*, y pueda estar seguro de que nunca volverá aquí. Pero algo en su súplica me conmueve. Me fuerza a contenerme.

Camino hacia el frente del potro de azotes y me agacho. Aparto el cabello de su rostro para mirarla a los ojos.

—¿Sí, florecilla?

Su respiración es caótica, sus ojos dilatados, vidriosos y salvajes. Sus labios están entreabiertos, pero no salen palabras.

Acaricio su mejilla con el pulgar. Es suave como la de un bebé. —Pareces asustada. ¿Tienes miedo?

—Un poco —admite.

—De acuerdo. Te diré lo que va a pasar. Voy a darte tres marcas más con mi caña. Puedes gritar tan fuerte como quieras. Llora si lo necesitas. Pero vas a ser una buena chica y aceptarlo porque sabes que me complace hacerte daño.

» Cuando termine, te pondré árnica para ayudar con los moretones. Y luego voy a quitar ese tapón de tu culo y follarlo con mi polla. Usaré un condón para mantenernos a ambos seguros. ¿De acuerdo?

Asiente con la cabeza, eternamente complaciente. —De acuerdo. —Se lame los labios—. Gracias, Amo.

Mi erección presiona contra la cremallera. Me está dando las gracias. Realmente no podría ser más perfecta.

Acuno su mejilla, de repente reacio a hacer lo que acabo de prometer. —Lo estás haciendo muy bien esta noche.

Se acurruca en mi mano. —¿Amo Pavel? —Otra vez, el temblor de miedo en su voz.

—¿Hmm?

—Puede que no lo consiga. —Parpadea rápidamente—. ¿Y si no puedo pasar la noche sin decir *rojo*?

Soy un imbécil por desear eso.

El mayor cabrón vivo.

—Lo conseguirás —prometo—. Es mi trabajo asegurarme de que lo hagas, florecilla. —Las barreras de acero en mi pecho se doblan y deforman en diferentes direcciones. Quiero mantener mi promesa con ella y romperla para asegurarme de que no pueda volver.

No sin mí.

¿En qué estoy pensando? No volveré aquí otra vez. Ni siquiera vivo en Los Ángeles. Y desde luego no volvería para jugar con ella.

Es la última persona con la que querría volver a formar pareja.

Aunque cuando repaso la media docena de compañeras que tuve en Chicago durante el último año, veo que la energía entre nosotros era tan plana y seca como el papel. No es nada comparable a formar pareja con Kayla, esta hermosa luz resplandeciente. ¿Quiero volver a mi antiguo tipo?

De repente, no quiero.

¿Qué me pasa? Me estoy encariñando, y eso va contra el código de la bratva. No es que mi célula aplique esas viejas reglas del país.

Aun así, incluso si la quisiera, no podría tenerla. Es completamente inadecuada para mí.

Y yo definitivamente soy inadecuado para ella.

Mantengo su mirada mientras me arremango. —Ahora voy a hacerte daño, florecilla. Y te gustará porque a mí me gusta.

CAPÍTULO 5



Kayla

Intento no perder el control. El dolor de los azotes que Pavel me ha dado no hace más que aumentar. No sé si podré soportar tres más. Pero al menos me ha dicho qué esperar. Casi digo amarillo cuando me dio los dos primeros, asustada de no poder continuar.

Aunque estoy muy alterada, mi cuerpo también está empapado de deseo. Creo que estoy goteando sobre el potro de azotes, mi cuerpo tan lubricado y listo para más.

Pavel se coloca detrás de mí y da golpecitos con la vara contra mi trasero. Me estremezco, aunque solo sea un toque. Cada vez que me toca, mi ano se aprieta alrededor del tapón, enviando impulsos eróticos por todas partes.

Golpea.

Grito y me contraigo.

Este cae por debajo de los dos primeros. Parece que está trazando líneas paralelas muy limpias en la mitad inferior de mi trasero. Me parecería excitante si no doliera tanto.

Me azota de nuevo. Sorprendentemente, no grito. Aprieto el tapón y dejo escapar un gemido de dolor. Duele, pero las endorfinas deben estar haciendo efecto porque todo mi cuerpo está vibrando. El dolor empieza a sentirse bien.

Deja caer el último en los pliegues donde las nalgas se encuentran con los muslos. Dejo escapar un sollozo.

Ha terminado. Me dijo tres más, y he aguantado los tres. El alivio y el placer son inmediatos. Ya ni siquiera tengo miedo del sexo anal. Necesito satisfacción sexual de nuevo. No puedo esperar a recibir su miembro.

Extiende la árnica en mi piel, recorriendo los verdugones como si los estuviera borrando. Tira del tapón anal. No ocurre nada. Acaricia mi trasero con la palma de la mano. —Relájate, florecilla. Ábrete.

No me había dado cuenta de que seguía apretando. Suelto el aire y me relajo, y él saca lentamente el tapón. Gimo en su punto más ancho, pero luego desaparece, y me siento vacía.

—Buena chica. —Le oigo hurgar en su bolsa de lona. El chasquido de una bolsa de cierre. El clic de una tapa. Aplica una fría gota de lubricante en mi ano, y me estremezco ante la sorprendente sensación.

Un pequeño motor cobra vida. —Un premio para ti, florecilla. Porque lo has hecho muy bien. —Desliza un pequeño vibrador de bala sobre mis pliegues y lo coloca entre mis caderas y el potro, directamente bajo mi clítoris.

Dejo escapar un soplo de sorpresa, impactada por el placer. —Aaamo —suelto de golpe.

—¿Te gusta eso? —Pavel frota las marcas en mi trasero un poco más.

—Sí, Amo.

—Bien. Mientras follo tu culo, tú solo frótate contra eso, florecilla. Tienes permiso para correrte. No tienes que pedírmelo.

—G-gracias, Amo. —Mis dientes ya castañetean por el deseo intensificado.

Masajea el lubricante alrededor de mi ano. Me sorprende lo fácilmente que su dedo se hunde esta vez. Oigo el chasquido del papel metálico y una cremallera, y luego la presión del miembro de Pavel en mi entrada trasera.

Después de tener el tapón dentro de mí durante la última media hora, estoy mucho más receptiva a la idea del sexo anal. Es decir, no estaba en contra antes, es solo que es algo nuevo para mí.

Pavel separa mis nalgas y presiona lentamente hacia delante. Es grande, pero me estiro para acomodarlo; no quema tanto como la primera vez que entró el tapón. Hay bastante lubricante.

Gimo porque… se siente bien. No debería, pero lo hace. Me pierdo al instante. Agradecida por el vibrador en mi clítoris porque estoy desesperada por tener un orgasmo. Sin embargo, no me atrevo a moverme. No es que pueda moverme mucho, pero ni siquiera me retuerzo. Simplemente me quedo quieta y dejo que él entre y salga de mí.

Me siento completamente usada. Mi trasero azotado y ardiendo, su miembro dentro, poseyéndome.

Esto era exactamente por lo que vine aquí esta noche. Supera todas las fantasías que he tenido sobre ser dominada. Estoy fantástica y ridículamente enamorada de mi nuevo amo.

El hombre que solo será mi amo por una vuelta más de la rueda. El hombre que se irá de la ciudad después de esta noche.

Pero no puedo pensar en eso.

Me entrego a él. A su dominación, su saqueo. Me folla el culo, sujetándome por la nuca, aunque ya estoy atada al potro, y embistiéndome.

Quiero correrme, pero es difícil con mi trasero siendo mantenido abierto. Siento como si necesitara tenerlo dentro de mi vagina en su lugar.

—A-amo —canto, aunque no sé qué quiero de él—. Amo —jadeo.

—Puedes correrte, florecilla. ¿Es eso lo que necesitas?

—Sí.

Embiste con más fuerza, como si mi necesidad aumentara su deseo. —Córrete para mí. —Su voz suena áspera y desgarrada.

—Y-yo… —Iba a decir "no puedo", pero siento la ondulación que recorre mi bajo vientre. Desearía que el vibrador estuviera dentro de mí mientras mis músculos se contraen en el vacío. Mi ano se aprieta alrededor de su miembro, y él grita.

—¡Joder… oh, joder!

Sus embestidas duelen con mi ano apretando, pero no puedo detenerlo. No dura más que unas pocas embestidas más, y entonces se corre, enterrándose profundamente y quedándose allí mientras

gime. Su vientre se mueve contra mi espalda. Dejo escapar un suave sollozo de aliento.

El tiempo parece detenerse.

Pavel no se mueve.

Sé que hay gente en el pasillo. Definitivamente mirando, pero siento como si estuviera en una burbuja. Como si mis oídos estuvieran zumbando.

Quizá es mi vagina.

Después de lo que parece mucho tiempo, Pavel sale y se deshace del condón. Usa una suave toallita para bebés para limpiarme y desabrocha mis tobillos.

Sigo sin moverme.

No creo que sea capaz de moverme. O de hablar. Apenas puedo seguir respirando y parpadeando.

Pavel viene y desabrocha mis muñecas. No me mira cuando lo hace.

Creo que esa es la parte que me afecta.

Mi cuerpo y alma acaban de quedar al descubierto. He sido destripada por la mitad para hacer espacio a su comando. Y he amado cada segundo.

Pero sobrevivir por mi cuenta ahora es imposible.

Me entregué a este hombre. Si no me despega de este potro y me abraza fuerte, no podré seguir adelante.

No lo hace.

Ni siquiera me ayuda a levantarme.

De hecho, camina hacia su bolsa y comienza a guardar sus cosas sin decir una palabra.

Me incorporo, mareada. Aturdida. Pruebo mis piernas. Mis rodillas ceden, y caigo de culo de nuevo sobre el potro de azotes.

Y es entonces cuando rompo a llorar.

CAPÍTULO 6



Pavel

Me quedo paralizado.

Kayla cubre su rostro con sus pequeñas manos, llorando desconsoladamente.

Joder. *Sollozando.*

Rota.

Justo como predije, aunque no pretendía romperla. Yo jodidamente *sabía* que ella no era la mujer adecuada para mí.

Si hubiera sido inteligente, habría buscado a Valdemar y le habría pedido que me sustituyera. Él habría adorado a este dulce bocadito.

Excepto que ese pensamiento solo me hace querer arrancarle la cabeza a Valdemar de los hombros y lanzarla montaña abajo.

Literalmente no me muevo. Los cables de mi cerebro se han cortado. Soy incapaz de actuar. Solo miro a mi pequeña sumisa rubia hundida en su desastre emocional. Un monitor del calabozo abre la puerta y los miembros del público que habían estado observando en el pasillo se agolpan alrededor de la puerta cuando se dan cuenta de que no estoy haciendo nada.

Estoy dividido entre el deseo de luchar contra todos ellos (incluido el monitor del calabozo) y marcharme.

Porque estoy seguro de que no estoy capacitado para lidiar con esta mierda.

Ni siquiera sabría por dónde empezar.

Un destello de pelo rojo aparece frente a Kayla, y ella queda envuelta en los brazos de Sasha. De alguna manera, Maxim aparece a mi lado.

—Si la rompes, es tuya —sus palabras cortan la neblina en mi cerebro. Logro girar la cabeza y mirarlo—. Ya me has oído —insiste —. Ahora te pertenece. Levántala, llévala a una sala de recuperación y recomponla.

Debe tener sentido porque mis pies ya se están moviendo hacia adelante antes de que haya decidido qué hacer. Aparto a Sasha de Kayla y la tomo en mis brazos. —Dámela, es mía —afirmo.

Mía.

Suena correcto. No es lo que quería, pero es la verdad. Ella es mía.

Si la rompes, es tuya.

—Ve a buscarle un chocolate caliente —le ordeno a Sasha, quien está menos que impresionada conmigo.

Su cara se arruga con disgusto. —¿Chocolate caliente? ¿En serio, tío?

Ni siquiera sé qué me hizo decirlo, pero sonaba correcto.

—¿Es eso lo que quieres? —le pregunta a Kayla, que todavía solloza incontrolablemente. Kayla asiente con la cabeza indicando *sí*.

Alguien ofrece una manta, y envuelvo a Kayla con ella y la llevo a las salas de recuperación, abandonando mi bolsa de deporte y posiblemente mis pelotas en el suelo.

—Lo siento. —Kayla lucha por hablar entre hipos y sollozos—. Ni siquiera sé por qué estoy llorando.

No se me ocurre una sola cosa que decir. Ni una maldita cosa, así que no digo nada. Simplemente encuentro una habitación y me acomodo en un sofá, acurrucándola contra mí en mi regazo. Acomodo la manta a su alrededor y la sujeto con fuerza.

Mis labios encuentran su cabello. Primero un beso.

No me mata. Su cabello huele dulce, como a naranjas. La beso de nuevo. Acuno un lado de su rostro con una mano y le doy pequeños besos a lo largo de la línea de su cabello, en su frente. Sus párpados húmedos, muy húmedos.

—Lo siento mucho —solloza.

—Es el *subdrop.* —Finalmente, mi cerebro vuelve.

Esto ocurre. He leído sobre ello. He oído hablar de ello. Simplemente no he tenido que lidiar con ello antes porque, honestamente, no tengo mucha más experiencia que Kayla.

—Tu química cerebral se alteró porque las cosas fueron muy intensas. El chocolate caliente ayudará.

—Estoy tan avergonzada. —Intenta levantar la cabeza, pero yo la acuno de vuelta contra mi hombro.

Mía.

Realmente es mía. Maxim lo dijo, así que debe ser cierto.

—No estés avergonzada. Me gustas así.

Eso parece ralentizar los sollozos. Probablemente su intento de detenerlos solo lo empeoró. Ahora que los he aceptado, puede respirar. —¿Q-qué? —Despega su mejilla húmeda de mi cuello y parpadea hacia mí. Su rímel se ha corrido alrededor de sus ojos. Lo encuentro extrañamente erótico—. ¿Por qué?

Decirle que he decidido que las lágrimas significan que ahora me pertenece probablemente no sonaría bien. Le doy un pequeño encogimiento de hombros, levantando las comisuras de mis labios. —Es solo otro intercambio de fluidos, ¿no? —Saco la lengua para lamer una de sus lágrimas.

Ella deja escapar una risa acuosa. Los sollozos se disipan por completo, y me mira fijamente, sus grandes ojos parecen aún más grandes con los círculos negros de su rímel. —¿T-te gusto siquiera?

Le doy un lento asentimiento, con la mirada fija en la suya. —Sí. Me gustas. Me gustas tanto que estaba pensando en hacer que usaras la palabra de seguridad, para que no volvieras aquí sin mí.

Sus labios forman una "O" sorprendida.

—Sí. Te prohíbo que vengas aquí sin mí. —Contengo la respiración para ver cómo recibe esto.

Me golpea con el puñetazo menos efectivo del mundo. Me hago una nota mental para enseñarle a dar puñetazos. —¿Qué coño? Pensaba que me odiabas.

—Yo… —Hago una mueca y agacho la cabeza—. Fui un completo capullo. Lo siento. Tú… parecías demasiado buena para mí. Como el

tipo de chica que no puedo tener. Y eso me cabreó. —Me sorprende oír lo que está saliendo de mi boca. Creo que ni siquiera me había dado cuenta de que eso era cierto hasta este momento.

—Eres hermosa y dulce. Demasiado inocente. Tu padre me pondría una escopeta en el pecho si nos viera juntos.

Ella deja escapar una pequeña risa. —Mi padre es un hombre muy amable.

—¿Ves? Lo sabía. Yo no soy un hombre amable.

Su sonrisa se desvanece. —Yo… —Traga saliva—. Confío en ti.

—Lo sé. Esa es la parte que me dejó atónito, florecilla. No tenías ninguna maldita razón para confiar en mí, y aun así lo hiciste. Te esforzaste tanto por complacerme. Ahora estoy arruinado para otras mujeres. —Niego con la cabeza con pesar—. Ninguna otra servirá.

La luz florece en su expresión, pero todavía parece dubitativa. —Ni siquiera vives aquí. ¿Cómo vas a volver conmigo?

—Volaré hasta aquí. —No puedo creer lo que estoy prometiendo. Pero en el momento en que digo las palabras, sé que son ciertas—. Tomaré un avión todos los fines de semana del próximo mes para venir aquí contigo. No soporto la idea de que practiques con otro tipo.

Ella baja las pestañas. —¿Serás mi dominante?

Algo se agita en mis entrañas. Excitación, tal vez. Un potente giro de significado. Asiento una vez. —¿Me aceptarás?

—¿Es… solo para aquí?

Mi corazón comienza a latir incómodamente en mi pecho. El neandertal en mí gruñe, *Mía.* Pero, ¿cómo reclamo a una mujer sobre la que no tengo ningún derecho?

Aun así, niego con la cabeza. —No, florecilla. Cuando reclamo a una mujer, la reclamo en todas partes. Te quiero en mi cama de hotel esta noche. Te quiero a horcajadas sobre mi cintura por la mañana antes de volar a casa. Te necesitaré en Facetime cada puta noche que estemos separados.

Sé que es demasiado. Ni siquiera nos conocemos. Pero intuyo que las medias tintas no van a funcionar con Kayla. Ella merece el paquete completo. Si voy a poseerla, asumo la responsabilidad por toda ella. No solo por su vida sexual.

Me encojo de hombros. —Lo intentaremos. Si después del primer mes sigues pensando que soy un capullo, puedes dejarme.

Me sorprende la repentina y brillante aparición de su sonrisa. —Sé que no eres un capullo. Sasha es amiga tuya.

—Sasha es una rusa loca de cojones cuyo padre me obligó a matar por él —debería conocer la verdad. A lo que se enfrenta—. No soy un hombre bueno.

Ella echa la cabeza hacia atrás. —Bésame.

Besarla.

Es un *maldito honor* besar a esta chica. Pero quiero hacerlo bien. No el beso brusco y posesivo que he querido darle desde que se arrodilló a mis pies y tragó mi semen. No, ella merece mi contención. Una buena dosis de respeto. Tomo su cabeza entre mis manos y acerco su rostro al mío. Mis labios se deslizan sobre los suyos en un lento recorrido, una larga exploración de la superficie de su hermosa boca. Cambio el ángulo y repito. Otro beso lento con la boca cerrada. Y entonces abandono la contención y le devoro la boca por completo. Mi lengua se lanza entre sus labios, mis dientes rozan su piel suave. Beso, succiono y reclamo con cada separación y unión de mi boca. Cuando termino, ella está sin aliento, con los ojos desorbitados y tan jodidamente adorable que quiero sacarla de aquí antes de nuestro giro final.

Sasha y Maxim aparecen en ese momento con el chocolate caliente y mi bolsa de deporte. —Lo siento, nos llevó un tiempo conseguir que lo prepararan —dice Sasha, poniendo la taza caliente en las manos de Kayla. Se sienta a su lado—. ¿Cómo te sientes? Te ves mejor.

Contengo la respiración.

Kayla asiente. —Estoy mejor. Pavel se va a quedar conmigo.

Mi corazón se desboca.

Ella me reclamó a mí también.

Asiento, correspondiendo a la mirada azul sorprendida de Sasha con mi mirada seria.

—Vaya, guau. Vale. Me alegro de que funcionara. —El tono de Sasha es una parte asombro, una parte duda.

La sonrisa de Maxim es código entre hombres para *lo has conseguido*.

Se siente demasiado precario como para devolverle la sonrisa.



KAYLA

El chocolate caliente realmente ayudó. Lo sorbo y miro a mi nuevo amo. El hombre que de repente decidió que soy suya.

Me siento como en una novela romántica de la Regencia, como esa serie de Netflix, *Bridgerton*, cuando un hombre ofrece matrimonio a una mujer después de dos bailes. Sé que las endorfinas y los orgasmos y todo tipo de cosas influyen, pero estoy locamente enamorada de Pavel.

Estoy locamente enamorada de este mundo. Me aterroriza lo bien que encajo en este estilo de vida. Creo que parte de lo que me hizo derrumbarme fue mi horror y exactamente lo ilimitada que soy aquí. Creo que haría cualquier cosa que Pavel me pidiera. Me sometería a cualquier cosa que solicitara.

Ya confiaba bastante en él antes, pero su reacción a mi crisis lo solidificó. Fue perfecto. Tranquilo e imperturbable. Tierno. Honesto.

—Muchas parejas ya han pasado a su tercer giro —nos dice Maxim, el marido de Sasha—. ¿Vais a terminar vosotros?

—Depende de Kayla —dice Pavel.

—Sí. —Quiero ese pase mensual. Quiero volver aquí con Pavel. Dijo que volaría para jugar conmigo.

Pavel se mueve y saca mis bragas de su bolsillo. —Vamos a ponértelas otra vez.

Maxim y Sasha tienen la elegancia de desaparecer para que Pavel pueda ayudarme a ponérmelas. Me quita los tacones y los mete en su bolsa. —Ya basta de estos —dice.

Se oyen vítores y aplausos desde la dirección del barrio rojo.

—Vamos, florecilla. —Pavel me ayuda a levantarme y nos dirigimos de vuelta al teatro y al escenario.

—Kiki y el Amo Pavel están aquí para su giro final —anuncia Madison. Tiro de la rueda y veo cómo parpadean las actividades, luego lanzo la bola. Rebota durante mucho tiempo antes de que finalmente se asiente en una casilla.

—*¡Protocolo alto!* —dice Madison.

Pavel hace un sonido de interés. Levanto la vista y él encoge los hombros ligeramente. Cuando bajamos del escenario, me conduce hasta la zona principal de juego donde me acorrala contra una pared. —*Protocolo alto*, hmm.

—N-no estoy segura de recordar exactamente qué es —admito.

—Yo tampoco. —Veo un atisbo de sonrisa.

Mi corazón aletea.

—Creo que solo tengo que poner reglas, y tú las sigues. Proporcionas servicio a tu dominante. Igual que hemos estado haciendo toda la noche.

Parpadeo coquetamente. —¿Y cuáles son mis reglas?

Acaricia mi mejilla con sus nudillos tatuados. —Tus reglas son…

Espero, mis pezones se endurecen bajo el corsé, excitada por nuestro juego.

—Cuando diga *contra la pared*, te pondrás contra la pared más cercana y te presentarás ante mí para que te folle.

Bajo la mirada y escondo mi sonrisa. —Sí, Amo.

Espera un momento.

Cada terminación nerviosa hormiguea esperando su orden.

—Contra la pared.

Me precipito hacia la pared más cercana y me quito las bragas de un tirón, dando saltitos en mi prisa. Luego presiono las palmas contra la pared, separo las piernas y saco el trasero, mirando por encima del hombro.

Él está justo detrás de mí. Acuna mi monte de Venus desde atrás, uno de sus dedos haciendo círculos alrededor de mi sensible clítoris. —Eso es bonito, florecilla, pero ya te he tenido por detrás esta noche.

Me doy la vuelta.

—Cuando diga *prepara a tu amo*, encontrarás el condón en mi bolsillo y me lo pondrás. —Su voz es aterciopelada, no el áspero

ladrido de antes.

Alcanzo su bolsillo y luego me detengo, con la mano suspendida, esperando la orden como si estuviéramos jugando a Simón dice.

—Prepara a tu amo —murmura.

Encuentro el condón, lo abro y desabrocho sus pantalones. Él me ayuda sujetando la base de su polla para que le ponga el condón.

—Buena chica. —Se aprieta contra mí, la cabeza de su polla balanceándose entre mis piernas.

Levanto una pierna alrededor de su cintura para presentarme a él, y no duda: se hunde directamente dentro de mí.

Abro la boca, pero no sale ningún sonido.

—¿Estás bien? Parecías bastante húmeda.

—Lo estoy. Sí. Estoy bien. Estoy genial —balbuceo, alcanzando su trasero y tirando de sus caderas contra las mías.

—Oh, oh —niega con la cabeza—. No conduces a menos que yo te lo diga, *printsessa*.

Rápidamente levanto las manos en señal de rendición.

—Lo siento, Amo.

Inmoviliza mis muñecas contra la pared.

—Menos mal que ya he terminado de castigarte por esta noche —murmura contra mis labios.

—¿En serio? —sueno sin aliento.

Embiste hacia dentro y hacia arriba, deslizando mi espalda contra la pared.

—Sí. Excepto por tu follada. Que puede ser dura. —Embiste de nuevo.

La parte posterior de mi pelvis golpea contra la pared, pero agradezco la sensación. Aceptaría todos los moratones que quisiera darme. Cada embestida se siente gloriosa. Como si me estuviera marcando como suya. Marcándome. He tenido tres orgasmos esta noche, pero nunca con él dentro de mi coño, y se siente tan correcto. Tan necesario.

Exactamente donde debe estar.

Acaricia con la nariz el lado de mi cara, me sorprende de nuevo con pequeños besos a lo largo de mi mandíbula y nacimiento del pelo, que contrastan totalmente con sus embestidas lentas y rudas.

—Bésame, Kayla —ordena.

Ofrezco mis labios, y él los reclama, moviéndolos lentamente, apasionadamente sobre los míos. Se toma su tiempo, devorando mi boca mientras me clava contra la pared. Solo cuando su respiración se convierte en jadeos, pasa un antebrazo bajo mi rodilla para mantenerme en posición con embestidas cortas y rápidas.

Deslizo mis dedos por su pelo color arena.

—Pavel —jadeo contra sus labios.

—Tómalo, florecilla. Tómalo como una buena chica.

—Dámelo.

Ambos estamos fuera de nosotros mismos, hablándonos sucio como un par de amantes experimentados. Olvido dónde estamos. Quiénes somos. Qué estoy haciendo aquí. Black Light se disuelve, y no hay nada más que arrancar este último orgasmo de mi amo.

Nada más que complacerlo.

Dejar que me complazca.

Sus embestidas se vuelven salvajes y erráticas. Nuestras respiraciones jadeantes se mezclan.

—Amo, ¿puedo…?

—Córrete —ladra.

En el momento en que lo hace, me dejo caer por el precipicio, mis músculos tensándose y apretando alrededor de su polla.

Él gruñe y embiste profundamente, gimiendo mientras él también se corre.

Me aferro a él, temblorosa y flácida. Exhausta, pero feliz.

—Vamos, florecilla. Puedes terminar esta ronda en mi regazo. Es hora de todas las recompensas.

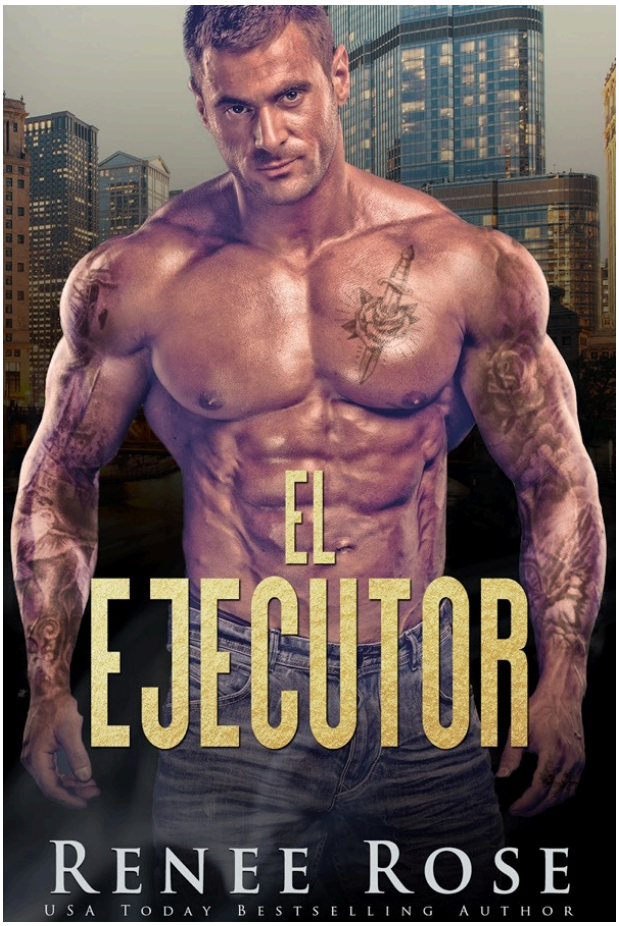
Le sonrío radiante, con el estómago revoloteando. No sé qué son las recompensas, pero no puedo esperar a descubrirlo.



GRACIAS POR LEER *POSEÍDA*. Si te ha gustado, agradecería muchísimo tu reseña; marcan una gran diferencia para los autores independientes.

¿QUIERES MÁS?

Lee el siguiente libro de la serie *Chicago Bratva*, **El ejecutor**



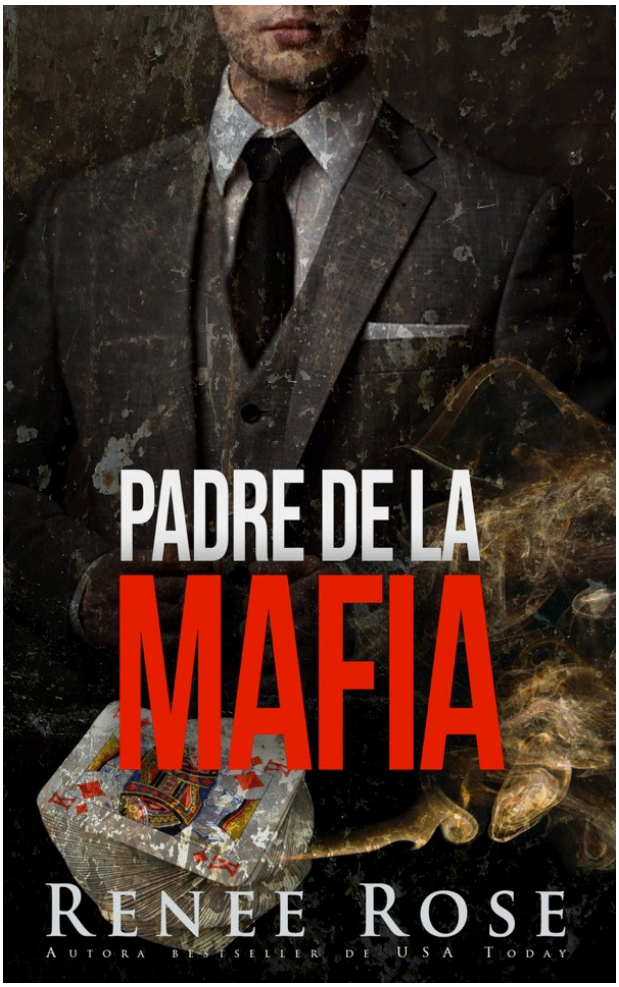
Es mi debilidad, mi obsesión. Y ahora, mi prisionera.

Pasé doce largos años en una prisión siberiana.
Desde que salí, nada ha captado mi interés.
Nada, excepto ella.
Semana tras semana, veo a su banda tocar.
No puedo sacarla de mi mente.
Cuando mi pasado me alcanza, ella se convierte en un objetivo.
La única manera de salvarla es encerrarla.
Mantenerla prisionera hasta que todo pase.
Ella nunca me perdonará, pero no puedo explicarle.
No puedo hablar.

El ejecutor

LIBRO GRATIS DE RENEE ROSE

Quiere un libro gratis de Renee Rose? Suscríbete a mi newsletter para recibir ***Padre de la mafia*** y otro contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos. https://BookHip.com/NCVKLK


PADRE DE LA
MAFIA
RENEE ROSE
AUTORA BESTSELLER DE USA TODAY

OTROS LIBROS DE RENEE ROSE

Vegas Clandestina

Rey de diamantes

Padre de la mafia

Sota de picas

As de corazones

El comodín del Loco

Su reina de tréboles

La mano del muerto

El comodín

Serie Chicago Bratva

Preludio

El director

El solucionador

Poseída

El ejecutor

El soldado

El hacker

El corredor

El limpiador

El jugador

El guardián

Secundaria Wolf Ridge

Alfa Bravucón

El caballero alfa

Alfa-nastro

Alfas peligrosos

La tentación del alfa

El peligro del alfa

El premio del alfa

El reto del alfa

La obsesión del alfa

El deseo del alfa

La guerra del alfa

La misión del alfa

El tormento del alfa

El secreto de alfa

La presa del alfa

La sangre del alfa

El sol del alfa

La luna del alfa

El juramento del alfa

La venganza del alfa

El fuego del alfa

El rescate del alfa

Hombres lobo de Wall Street

Un Gran Jefe Malvado: Medianoche

Un Gran Jefe Malvado: Lunático

Un Gran Jefe Malvado: Marcada

Un Gran Jefe Malvado: Su pareja

Osos malvados

El reclamo del alfa

Alfa de Montaña

Héroe

Rebelde

Guerrero

Rancho Wolf

Áspero

Salvaje

Feroz

Rudo

Indomable

Implacable

Instintivo

Vigoroso

Dos Marcas

Rebelde - GRATIS

Tentada

Deseada

Seducida

SOBRE RENEE ROSE

RENÉE ROSE, LA AUTORA BESTSELLER EN USA TODAY, ama los héroes dominantes, ¡los machos alfa que saben hablar sucio! Ha vendido más de un millón de copias de tórridas novelas románticas con diferentes niveles de sexo no convencional. Sus libros han sido presentados en el Happily Ever After de USA Today y en Popsugar. Nombrada en el Eroticon de los Estados Unidos como la Próxima Autora Erótica Top en 2013, ha ganado también como Autora Preferida en Ciencia Ficción y Antología Valiente y Atrevida y con la mejor novela romántica histórica en The Romance Reviews. Figuró catorce veces en la lista de USA Today con su serie Rancho Wolf y varias antologías.

**Suscríbete a mi newsletter para recibir contenido especialmente bonificado y noticias de nuevos lanzamientos en Español.

https://www.subscribepage.com/reneerose_es

